Joaquín Abati y Carlos Jaquotot

LA GENERALITA

Comedia humorística, en tres actos y en prosa, original

Estrenada el día 21 de diciembre de 1928, en el teatro Eslava, de Madrid, por la :=: compañía PALOU=SASSONE :=:

PRIMERA EDICIÓN
1.000 EJEMPLARES



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM. 24
1929

"La Generalita"

JOAQUIN ABATTI

CARLOS JAQUOTOT

La Generalita

Comedia humorística, en 3 actos y en prosa, original.

Estrenada el día 21 de Diciembre de 1928, en el Teatro Eslava de Madrid, por la compañía PALOU-SASSONE.



(Primera edición)

ALCALÁ DE HENARES
Imprenta de V. Corral, Mayor, 15.
1929

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
M.ª FERNANDEZ...........	Sra. Palou
PRUDENCIA	» Valero.
LUTGARDA................	» Montilla.
CHARITO..................	Srta. Palencia.
SALOME	» Alfonso.
ROSITA....................	» Auguria.
CONSUELO................	» Ottón.
MANOLITA................	» Izparraguirre.
CACHITA	» Guerra.
UNA DONCELLA...........	» María Adoralnia.

EL GENERAL..............	Sr. Fuentes.
ALVARO	» Soler.
PEDROTE..................	» García León.
CORONEL RIVERA.........	» Teófilo Palou.
» FRESNO.........	» Mata.
COMANDANTE SALGADO...	» Béjar.
TENIENTE MANZANO.....	» Moreno.
DON GENARO..............	» M.º Fernández
ALIPIO....................	» Dulac.
VILLARES.................	» Pedrola.
ORDENANZA	» García.

:- LA GENERALITA -:

ACTO PRIMERO

Un saloncito gabinete en el Gobierno Militar de una capital de tercer orden.—Dos puertas en cada lateral y una en el foro.

Escena primera

SALGADO, DON GENARO Y DOÑA LUTGARDA.—*Estos dos últimos en traje de calle, pero de cierta etiqueta.* SALGADO *de uniforme.*

DOÑA LUT. ¿Usted cree que el General nos recibirá con amabilidad?

SALGA. Mis queridos señores de Espejo. Tengo muchas esperanzas de que hayamos acertado al elegir el momento. Lleva unos días que está hasta tratable.

LUT. No sabe usted el miedo que tenemos a ponernos frente a él. Como goza esa fama de fiera, y la guarnición le tiene ese pánico tan terrible... Llevamos un mes deseando venir, más que nada por nuestro hijo que no nos deja vivir... pero no nos hemos atrevido Mire usted; el chaquet que se ha hecho Genaro, exclusivamente para esta visita, se le empezaba a quedar estrecho.. (*A su marido gritándole al oido*). ¡Genaro ponte de pié...!

GENA. (*Obedeciendo*) ¿Viene ya el General?...

LUT. (*Siempre a gritos*). Es para que Salgado te vea el chaquet.

GENA. ¡Ah!... Cuarenta duros, con forro de seda... Dandy, confectión Taylor London.

LUT. Hemos consultado cuantos figurines de modas se han publicado este año. Como la hija

mayor del General, es aquí en esta ciudad la guía de la elegancia ultra moderna, ¡cualquiera viene vestida de trapillo!

SALGA. En efecto, «la generalita» como llamamos familiarmente a María Fernanda, tiene el prurito de distinguirse por sus *toilettes* originales. Está suscrita a todos los periódicos de modas, y extrae de ellos las combinaciones más inesperadas.

Pero las altas autoridades femeninas de esta modesta capital de provincia, aseguran que carece de gusto y que va hecha una visión.

LUT. Envidias probablemente.

LUT. ¿Y usted cree que Don Plácido...?

SALGA. El general cuando sepa que vienen ustedes a pedir la mano de Charito, tendrá una verdadera alegría. Se trata del porvenir de una de sus hijas.

LUT. ¡Y qué porvenir! No es porque Alipio sea nuestro hijo.

¿Verdad Genaro que vale mucho?

GENA. ¡Ya he dicho que 40 duros!

LUT. (*Gritándole*). Si digo Alipio.. nuestro hijo, no el chaquet.

GENA. ¡Ah sí! ¿Alipio?.. ¿Que si vale?... El día que faltemos nosotros heredará nuestra pastelería, que no me negará usted que es la mejor de aquí.

LUT. Somos los mayores productores de hojaldre de la región. Premiados en dos Exposiciones por nuestro *«bartolillo esférico de nata pasteurizada»*. Además, que nuestro hijo está loco por la muchacha. Con decirle a usted que hasta el futuro suegro le parece una malva.

SALGA. Pues a veces no se puede hablar con él. Yo le tengo miedo, porque le dan venas de loco.

GENERAL, (*Dentro, dando voces imponentes en la habitación de la primera izquierda*) ¡Animal!... ¡Calabaza!... ¡Esto es una indecencia!... ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! (*Suena una explosión*).

SALGA. (*Poniéndose en pié*). ¡Arrea!...

LUT. (*Poniéndose en pié también*). ¿Qué es esto!

GENA. (*Levantándose*). ¿Viene ya el general?

PEDRO. (*Saliendo tapándose la cabeza con las manos*). ¡Mi mare! (*Viene vestido de soldado*).

SALGA. ¿Qué ha sido eso Pedrote? ¿Un tiro?

PEDRO. ¡La bombo... la bomba...!

SALGA. ¿La qué?

PEDRO. ¡La bombi...! ¡La bombilla der *sentro* de la lámpara, que la ha roto con una bota! ¡Si me coge, me avía!

LUT. (*A gritos a Genaro*). ¡Vámonos Genaro! ¡Hemos caido mal!

SALGA. Sí, sí. Es lo más prudente.

SALGA. (*Empujándoles*). ¡Anden, anden, no vaya a salir!

LUT. No deje de avisarnos cuando escampe.

SALGA. Descuide. A lo mejor tienen que esperar dos o tres meses. (*Los echa a empellones por el foro. Vuelve a escena*). (*A Pedrote*). ¿Pero que te ha pasado?

PEDRO. Pues ná, mi comandante. El amo que está hoy como pa pedirle una lisencia. (*Aparte*). ¡Dos kilos de pasas!

GENERAL. (*Saliendo por primera izquierda*). ¡Qué condenación... (*A Pedrote, con gran indignación*). ¡Ya lo has oido!.. Tienes que dejar las botas que me pueda mirar en ellas.

PEDRO. Sí señó.

GENERAL. Y cuando yo te llame, tiras lo que tengas en la mano y te plantas ante mí al galope largo. ¿Lo entiendes?

PEDRO. Si seño. (*Ap.*) Dos kilos de pasas.

GENERAL. ¿Qué murmuras?

PEDRO. Yo na... Dos kilos de pasas.

GENERAL. ¿Bromitas a mí? ¿Que pasas ni que higos?.

PEDRO. Na mi generá. Que la generala m'ha dicho que vaya al almacén y compre dos kilos de pasas... Y como me se trabucan los recaos, pos por eso... voy repitiendo... Dos kilos de pasas, dos kilos de pasas... ¡A la orden! (*Mutis*).

GENERAL. ¡Qué soldados! ¡No saben ni limpiar unas botas!... ¡Cebollinos!... ¡Y no solo los soldados!... ¡Hay también algunos oficialitos!... ¡Ah, pero yo haré que esta guarnición sea una guarnición modelo!... no faltaba más!... Y exigiré severamente que todo el mundo sepa cumplir con su deber. Por lo pronto redactará usted una orden lo más enérgica que pueda, para que todo el mundo vista reglamentariamente. ¡Estoy harto de figurines por las calles...! El otro día me tropecé en el paseo con el capellán del regimiento de caballería que iba vestido de cura... ¡Con manteos, como un vulgar sochantre!... Y claro, me saludó quitándose la teja.. ¡Repólvora! ¿Le parece a usted? ¡Saludar al General Cachano con una teja!... ¡Que vista de uniforme, que para eso lo tiene!... Le he mandado un mes arrestado a hacer ejercicios espirituales al convento de los Franciscanos.

SALGA. Me parece muy bien, mi general.

GENERAL. Mi obligación es velar por el prestigio de mis soldados..., cuidar de su bienestar y de su educación... en una palabra ser un padre para ellos, procurando compaginar la severidad necesaria con el afecto... hacer que me respeten y me quieran... y afortunadamente creo que he conseguido que me quieran.

SALGA. Mucho, sí señor.

GENERAL. Yo soy para mis subordinados algo así como un confesor. Al que a mí acuda nunca le faltará un consejo.

SALGA. (*Aparte*). De guerra.

GENERAL. ¿Hay algo de importancia en el correo hoy?

SALGA. (*Dándole unos papeles*). Estos oficios de tránsito. Poca cosa.

GENERAL. (*Tomándolos*). Los leeré luego.

SALGA. Yo se los traeré junto con el correo.

GENERAL. Aquí nos tiene usted con el ordenanza de los caballos como única servidumbre. Después de echar anoche al animal del asistente que me mandó el coronel por la mañana, mi mujer se agarró con las dos criadas en la cocina y las puso de patitas en la calle.

SALGA. ¿Las que vinieron la semana pasada?

GENERAL. Las mismas. Son las que han durado más en esta casa en los 30 años que llevo de matrimonio. Y hoy es martes... ¡Martes!... Día de tomar el té... esos tés que según mi hija Mary son de tan buen tono, porque lo ha leído en no sé que periódico de modas. Y entre tés, chapós, mantós y truеós, esta casa es el caós.

SALGA. (*Aparte*). ¡Cualquiera le dice que se le ha ido el acento! (*Alto*) Pues el nuevo asistente no tardará en llegar. Ya hablé esta mañana con el coronel de caballería y ha quedado en mandarlo enseguida.

GENERAL. ¡De caballería ha dicho usted!

SALGA. Sí señor.

GENERAL. ¡Pero hombre!... ¡Un asistente de caballería!... ¡Es lo único que faltaba en esta casa! ¡En cuanto se entere mi mujer se me desmaya!... ¡Con lo que reniega de Pedrote!

SALGA. Lo he hecho con el mejor deseo, mi general. Como en lo que va de año lleva Vue-

cencia cuarenta y tres asistentes, y todos de infantería, me he permitido cambiar de arma a ver si tenemos mejor suerte.

GENERAL. En fin, procuraremos que no lo sepa Prudencia hasta que no se vaya, porque durará lo que los demás... un día... (*Se oyen voces de mujer dentro*). Me parece que son ellas. No le extrañe a usted que vengan un poquitín nerviosas...

SALGA. (*Aparte*). ¡Cuando no es pascua!

GENERAL. Con los incidentes del día estamos todos un poquito alterados...

Por el foro, Prudencia con María Fernanda y Charito, sus dos hijas. Las tres visten trajes de calle. La indumentaria de María Fernanda, sin llegar a ser grotesca, llama la atención por lo estrepitosa y llamativa. Los colores están mal combinados, los adornos son inadecuados y desconcertantes. Se ve enseguida que la muchacha, en fuerza de querer ser elegante y original, al inspirarse en los periódicos de modas, interpreta los figurines de un modo tan erróneo que como dicen sus amigas resulta una visión. Las tres vienen cargadas de paquetes diversos, y demuestran un humor del mismo corte que el que disfruta su marido y progenitor).

PRUDEN. (*Entrando*) ¡No he visto un animal mas parecido al hombre que el ordenanza de vuestro padre. Hola Plácido.

GENERAL. Hola Prudencia.

PRUDEN. (*Al ver a Salgado*). Buenas tardes Salgado.

SALGA. (*Saludando*). Señora...

CHAR. ¿Cómo esta usted Salgado?

SALGA. A sus órdenes Charito.

M.ª FER. Mire usted como venimos, como burras de carga.

SALGA. Ya me ha dicho el General que están ustedes solas.

PRUDEN. ¡Calle usted!... Con el ordenanza nada más... sin asistente y sin criadas... ¡cómo está el servicio.

M.ª FER. ¡Qué verguenza!... ¡Saque usted a la calle lo más selecto en toilettes para ir a comprar azúcar en una tienda de comestibles.

GENERAL. ¿Por qué no habeis mandado a Pedrote?

M.ª FER. ¡No me hables de ese abedul! Le envié esta mañana por palillos para la mesa, ¿y a que no sabe usted lo que compró? ¡Unas castañuelas!

GENERAL. Eso en su tierra son palillos. Ahora, como tú le has encargado, dos kilos de pasas, anda como loco repitiendo: dos kilos de pasas... dos kilos de pasas... Debería comerse los rabos, para hacer memoria.

M.ª FER. Para lo único que sirve es para andar entre animales.

GENERAL. Y os habeis empeñado que ande entre vosotras...

PRUDEN. ¡Así nos luce el pelo!

SALGA. Dentro de un rato véndrá un muchacho que creo ha de servirles muy bien.

PRUDEN. No tengo ninguna esperanza.

CHAR. Será como los demás.

M.ª FER. Que hoy nos ayude siquiera a servir el té, y luego se irá.

CHAR. Supongo que no faltará usted Salgado.

SALGA. De ninguna manera.
Si no mandan ustedes algo más, me retiro.

GENERAL. Nada Salgado. Hasta luego.

M.ª FER. Espere Salgado... Seguramente mi padre se habrá olvidado decirle que el teniente Manzano del regimiento de infantería, debe presentarse aquí en el Gobierno, esta misma noche.

SALGA. Ya está avisado, y no tardará tampoco.

GENERAL. Sí. Le voy a imponer un arresto de quince días.

M.ª FER. ¿Cómo de quince días?... ¡Eso es muy poco! Le mandaremos un mes a un castillo.

M.ª FER. (*A Salgado*) ¿Le parece a usted poca frescura la de ese idiota?

SALGA. No sé...

M.ª FER. Pues ha estado una semana paseando esta calle sin quitar la vista de nuestros balcones. Yo, la verdad, no le ponía mala cara.
Pero al regañar mamá esta mañana a Juanita, porque se le habían abrasado las tostadas del desayuno, se puso en jarras la cocinera, y le dijo a mi madre: «Estoy harta de que la señora me regañe por cualquier cosa... y ya sé porqué me tiene esa ojeriza... porque la he quitao el novio a su hija de usted»,

PRUDEN. ¿Qué novio? pregunté yo. Y ella me dijo: «El teniente Manzano. Lo siento, pero sepa usted que tengo gracia pa llevarme de calle, no a un teniente sino a quien *me se* ponga en los tufos, que he tenío chalaos por mí hasta Coroneles».

M.ª FER. ¡Ya ve usted que exagerada... ¡Hasta coroneles!...

SALGA. Es una irreverencia del peor gusto.

M.ª FER. Pues hay algo peor; y es que, según la cocinera, Manzano dice que yo me despepito por un novio, pero no lo encuentro porque soy un hueso difícil de roer. ¡Figúrese!... ¡Yo un hueso!... ¡Que más quisiera ese imbecil!

PRUDEN. Excuso decirle que la cocinera ha salido esta mañana con el pelo a lo garçón.

SALGA. Ya me lo supongo.

M.ª FER. Y tú tienes la culpa, papá.

GENERAL. ¿Yo?

M.ª Fer. Tú, por no dar una orden prohibiendo que los oficiales tengan novias ordinarias.

General. Mira... me das una idea.

Salga. Si no ordenan nada más, voy a recoger el correo oficial y a buscar a Clarita.

Char. Dela muchos recuerdos...

General. Adios Salgado.

M.ª Fer. Hasta luego. (*Vase Salgado por el foro*).

M.ª Fer. (*Al ver a su madre que se sienta en una butaca*). ¿Pero vas á sentarte, mamá?

Pruden. Estoy reventada.

M.ª Fer. Pues no hay más remedio que hacer muchas cosas que faltan. Sacar la mantelería, los cubiertos... preparar las mesitas... poner las flores...

Pruden. Todo eso lo podeis hacer vosotras que teneis menos años.

Char. Yo no puedo. Tengo que escribir una carta urgente.

M.ª Fer. Bueno, pues tú haces el té y el café.

Pruden. Eso que lo haga tu padre.

General. ¿Yo?

Pruden. Tú. ¿No hacías el desayuno cuando eras capitán en Cuba?

General. También me cosía los botones de la guerrera. En campaña se hacen muchas cosas.

Pruden. Pues hazte cuenta que estamos en estado de guerra.

M.ª Fer. Papá va a hacer otra cosa muy importante. Comprar unos fiambres que se nos han olvidado a nosotras.

General. ¿Eh?... ¿Te has vuelto loca?... ¿El General Gobernador comprando chorizo de Pamplona?

M.ª Fer. Chorizo de Pamplona y jamón en dulce y lengua a la escarlata y cabeza de jabalí. ¡Lo que se lleva!

GENERAL. ¡Vamos niña!... ¡Yo entrar en una tienda!

CHAR. En la pastelería. «El bartolillo esférico». Es la mejor de aquí.

M.ª FER. Por lo menos para tí. Pues en «El Bartolillo». Vas, te paras en el escaparate, como si te llamara la atención algo de lo que tienen expuesto... Vacilas... y por fin entras.

CHAR. Te saludarán muy finos los dependientes... ¡Mi general, usted por aquí!...

M.ª FER. Les preguntarás: «Hombre, esa longanicilla parece que tiene buen aspecto. Póngame un kilito».

CHAR. Y al día siguiente, aparecerá un cartel en el escaparate que diga: «Proveedores de la primera autoridad militar de la Provincia».

PRUDEN. Y subirán todos los artículos.

GENERAL. (*Irónico*). ¡Y verás mañana el motecito que me pone la guarnición!... ¡El General Fiambres!... ¡Loca de remate, hija mía...!

M.ª FER. ¿Vas a negarte?

PRUDEN. Tiene razón la niña. Piensa que tienes dos hijas solteras, y una de ellas ha cumplido ya los 28 años.

M.ª FER. Los 20 mamá.

PRUDEN. Bueno, los 20 desde luego. Ahora no hay nadie de fuera de casa niña.

GENERAL. ¿Qué queréis? ¿Que les busque pretendientes a las dos?

CHAR. No... a mí no te molestes.

M.ª FER. No harías nada de más.

GENERAL. Está bien. Iré por el jamón.
¡Luego hablarán de mi genio!... y soy dentro de casa un padrazo... y en el cuartel, un amigo, un consejero, un confesor. ¡Pedro·

te... Pedrote... ¡Pedrote!... (*Suena dentro un ruido de cacharros que se rompen*).

PRUDEN. ¡Jesús!...

CHAR. ¿Qué ha pasado?...

M.ª FER. ¡Un cataclismo!...

GENERAL. ¿Qué habrá roto ese bestia?... ¡Pedrote!...

PEDRO. (*Apareciendo en la puerta del foro con una cara de asustado enorme*). A la orden.

GENERAL. ¿Qué has hecho?

PEDRO. Unos platiyos... y unas tasillas de ná... que se han arrugao un poquiyo.

PRUDEN. ¡Adios! ¿pero cómo ha sido?...

PEDRO. Los tenía yo en una bandeja cuando oí la voz de su Erselensia... Y como me ha dicho su Erselensia que en cuantito que llame tire al suelo tó lo que tenga en la mano... pues...

GENERAL. ¿Lo has dejado caer?

PEDRO. Al prensipio me dió argún reparillo, pero como había que obedesé la orden...

GENERAL. ¿Serás avestruz?...

CHAR. ¡El juego de china, como si lo viera... (*Vase corriendo por el foro*).

PRUDEN. ¡Es para morderle!...

GENERAL. ¡Lástima que no te estuvieras rascando la cabeza, a ver si la tirabas también contra el suelo!...

PEDRO. Si señó, pero mi cabeza no se hubiá roto. El otro día me dió una patá el caballo tordo de su Erselensia, aquí en este lao. (*Indica un sitio en la cabeza*). ¡Y qué daño no se jaría el animalito que ha estado cojo más de una semana...

PRUDEN. ¡Lo creo!

M.ª FER. Usted ha debido seguir amarrado al lado del caballo tordo.

PEDRO. Es mi sitio, señita. Ahí está el nuevo asistente que lo hará mejó.

GENERAL. ¿El nuevo asistente?

PEDRO. Sí señó. Ha llegao poco después que las señitas.

GENERAL. Dile que pase y tú recoge tus bártulos y a la cuadra.

PEDRO. (*Poniendo cara de satisfacción*). Sí señó. A la cuadra. (*Vase por el foro*). ¡Un molinillo pa el café... Seis estropajos... ¡Es que le atontan a uno!

PRUDEN. ¡El nuevo asistente!... ¡Otro ganso, como si lo viera...

ALV. (*Correctísimamente vestido de soldado. Aspecto distinguido. (Por el foro)*. ¿Dá Vuecencia su permiso? (*Ninguno de los tres le mira*).

GENERAL. (*A su mujer*). Ahí está. ¿Qué le digo? ¿Le doy permiso?

PRUDEN. Que pase.

GENERAL. (*Imperativo*) Pasa.

ALV. (*Entrando*) A la orden de Vuecencia. (*Se cuadra*) Y a los pies de las señoras.

(*Los tres, sorprendidos se vuelven rápidamente a mirarle*).

M.ª FER. (*Aparte*) ¡Qué buen tipo!... (*A su madre*) Esto de los pies no nos lo había dicho ninguno, mamá.

GENERAL. Avanza. (*Alvaro da dos o tres pasos y queda cuadrado militarmente*) (*Aparte*) ¡Caray, que muchacho!...

M.ª FER. (*A Prudencia*) Este soldado parece demasiado distinguido... ¿Se habrá equivocado Pedrote?

PRUDEN. Ahora lo veremos. (*A Alvaro*) ¿Usted es de cuota?

ALV. No señora. Soy soldado de reemplazo, designado por mi coronel para asistente de su Excelencia.

M.ª FER. ¡Ah!, ¿es usted el nuevo asistente?

ALV. Para servirla, señorita.

GENERAL. ¿Y cómo te llamas?

ALV. Alvaro, mi general.

GENERAL. ¿Alvaro, qué?

ALV. Alvaro... Pérez.

M.ª FER. (*Cada vez más interesada*) Alvaro... Nombre de aristócrata, mamá.

PRUDEN. Si, pero fíjate en el apellido... Pérez..., bien prosáico.

M.ª FER. ¿De dónde es usted?

ALV. De New York, señorita

GENERAL. ¿Yanqui?

ALV. Español. Nací a bordo del paquebote italiano «Príncipe Humberto de Savoia». Soy de New York porque fué el primer punto de escala del transatlántico. Mis padres son españoles.

PRUDEN. ¿Eran emigrantes?

ALV. Turistas. Todos los años hacían un viaje a los Estados Unidos.

GENERAL. ¿Y tú sabes leer y escribir?

ALV. Además del español conozco el inglés, el frances y traduzco el alemán.

M.ª FER. ¡Cuatro idiomas!

PRUDEN. Para nosotros es demasiado. Con que sepa leer los rótulos de las tiendas y los precios que tienen los artículos, hay de sobra.

M.ª FER. Pero es una gran ocasión para que yo perfeccione el francés y aprenda el inglés.

M.ª FER. ¿Y qué más sabe usted hacer?

ALV. He recibido una educación algo artística. Sé muchas cosas, pero no he profundizado en ninguna. Soy un poco músico..., algo pintor..., un poquitín poeta... Y muy aficionado a toda clase de sports, que conozco regularmente.

GENERAL. ¿Y limpiar un par de botas, sabe usted?

M.ª FER. (*Con reproche*) ¡Papá!..

GENERAL. Para mí es de gran transcendencia. (*Aparte*) Porque estoy viendo que voy a tenérmelas que limpiar yo.

PRUDEN. Hoy tendrá ocasión de lucirse como Maitre d'hotel. Nosotros estamos acostumbrados a tomar el té.

GENERAL. Después de servir el té se irá al cuartel, porque no nos son necesarios sus servicios por ahora.

M.ª FER. (*Escandalizada*) ¿Qué dices, papá?

GENERAL. Lo que me habéis dicho antes de que entrara.

M.ª FER. (*Con intención*). Sí pero eso era... antes que entrara... (*A Alvaro*). Ya se le indicará lo que tiene que hacer. Espere en la antesala, que es un sitio bastante confortable.

PRUDEN. O en la cocina.

M.ª FER. En la antesala ~~mejor~~. Y tenga la bondad de avisar al mozo de cuadra.

GENERAL. Al ordenanza, vamos.

ALV. Si no mandan más los señores...

M.ª FER. Nada más.

ALV. A la orden. (*Hace una reverencia que es contestada muy finamente por los tres y vase por el foro*).

M.ª FER. (*Abrazando muy contenta a sus padres*). ¡Papá!.. ¡Mamá!... ¡Esto es lo que nos estaba haciendo falta!.,. ¡Qué muchacho más distinguido!.., ¡Qué fino!,.. ¡Este es un asistente!

GENERAL. Un asistente que no me va a servir para nada. Menos mal que le quedan de estar en esta casa dos o tres horas.

M.ª FER. ¿Pero qué dices?...

GENERAL. Como es de caballería y vosotras me dijisteis que no le queriais ver siquiera...

M.ª FER. Alvaro estará en casa todo el tiempo que dure su servicio. ¿Dónde vamos a encoutrar

otro cómo este? Ha sido una suerte loca. Hay que cuidarle como si fuera cosa nuestra...

GENERAL. ¡De la familia!... Lo dicho, que me veo dando betún á las botas de montar.

M.ª FER. No, porque Pedrote no se moverá de aquí.

GENERAL. ¡Que me bañen en ácido sulfúrico si os entiendo! ¡Pedrote se va a la cuadra!

M.ª FER. ¿Y va a quedarse solo ese muchacho en la casa? ¿Quién va a fregar los platos y limpiar la ropa... y barrer las habitaciones?... ¿quién va a ir a los recados?...

GENERAL. ¡El asistente!

M.ª FER. ¡El asistente! que pinta y sabe música... ¡vamos, papá...! estás loco...

GENERAL. Voy creyendo que sí, hija mía.

M.ª FER ¡Un muchacho que ha nacido en un paquebote dando cera al suelo del despacho. ¿Dónde se ha visto eso? ¿No comprendes que lo haría muy mal? Este muchacho se ve que no está acostumbrado a comprar en los comercios. Hoy vas tu por los fiambres y ya habrá tiempo de mandarle a otras cosas.

GENERAL. Mira hija mía; me daría de cachetes por mi debilidad, pero no sé negarte nada. Iré por los fiambres... Supongo que no tendrás inconveniente en que el asistente me ponga el gabán.

M.ª FER. ¡Papá!

GENERAL. Es que yo, ya no sé lo que puedo mandar a mis soldados.

ALV. (*Por el foro*). ¿Llamaba el señor?

GENERAL. Sí, acompañamé. . digo.. acompañemé usted a la antesala. (*Alvaro se cuadra en el quicio de la puerta del foro, y espera a que salga el General, haciéndole al pasar una pequeña reverencia*). Adios hijitas. (*Va a salir por el foro, pero al oir dentro varias*

voces femeninas dice): ¡Hola!, me parece que teneis visita, No quiero que me entretengan. Pasaré por mi despacho oficial. (*Vase con Alvaro por segunda izquierda*). Adios hijitas.

PRUDEN. Hasta luego. ¡Nos ha dicho hijitas! ¡Que fino se ha vuelto tu padre!

M.ª FER. Vamos a sacar la mantelería.

CHAR. (*Por el foro, acompañando a Consuelo y Manolita*). Pasad. Aquí están. (*Consuelo y Manolita son dos señoritas elegantes de la localidad*).

M.ª FER. (*Yendo a saludarlas y besarlas*). ¡Ah! ¿sois vosotras?

PRUDEN. Hola niñas. (*Se saludan*).

MANO. ¡Cuánto tiemo!, ¿verdad?

M.ª FER. ¡Ya, ya!. ¡Meses que no veniais por esta casa!

CON. Ya sabes lo atareadas que estamos.

M.ª FER. Lo sé. (*Manolita y Consuelo, no dejan de mirar curiosamente por todas las puertas, como buscando algo*).

PRUDEN. Con vuestro permiso. (*A María Fernanda*) Voy a sacar la mantelería. Ven un momento. (*Vánse con Charito por segunda izquierda*)

MANO. Ahora que estamos más libres vendremos a que nos enseñes algo de lo que se va a llevar en esta primavera. (*María Fernanda se dirige a un velador en el que hay varios periódicos de modas y elige algunos entre ellos*).

CON. (*Aparte a Manolita*) Para no ponérnoslo, porque hay que ver cómo va la pobre.

MANO. (*A Consuelo*) Ha anticipado el Carnaval.

CON. Cada año más cursi.

M.ª FER. (*Volviendo a ellas con varias revistas que les enseña*) Este año hay en la moda una desorientación bastante grande. Como nove-

dad saliente, viene el «pull-ower» sin mangas, y el «sweater» con ellas. Como telas las conocidas «kashas» de siempre, y unos tejidos nuevos llamados «asperio» «buranio» y «cornusine». Los coloridos «pastel» siguen gozando del favor de la moda. ¡Los hay preciosos!. Mirad este. ¿Se te ha perdido algo, Manolita?...

MANO. No. Buscaba un timbre para llamar y que me sirvieran un vaso de agua. Vengo sofocadísima.

M.ª FER. Aquí lo tienes. (*Llama ella*).

MANO. Perdona, pero...

M.ª FER. ¡No faltaba más, mujer!

PEDRO. (*En el foro*) ¿Llamabe la señorita?

M.ª FER. Sí, traiga un vaso de agua.

MANO. (*Interrumpiendo desilusionada, pues esperaba la llegada del otro asistente para ver cómo era*). Espera..., más vale que lo traiga después... ahora me puede hacer daño. Se me ha pasado la sed.

M.ª FER. Bueno, pues ya le avisaremos. (*Váse Pedrote*). ¡Qué raro!

CON. Por lo visto seguís con el mismo asistente.

M.ª FER No. Hoy ha venido uno nuevo. Este es el ordenanza.

MANO. Es que anoche en el paseo, se decía que el Coronel os iba a mandar un muchacho muy... ¿cómo diría yo?

CON. Un muchacho cañón.

MANO. Vamos..., un chico muy fino, que ha llamado la atención por su figura y sus modales, y que tiene intrigados a sus jefes, porque suponen que es de una gran familia

CON. Y que resultaría para cualquier muchacha una buena proporción.

M.ª FER. (*Aparte*) ¡A lo que estamos...! ¡Fisgonas!. (*Alto*) Pues no sé... Yo no he hablado

con este... pero así a primera vista me ha parecido por el estilo de los demás.

MANO. ¡Qué lástima, hija...! Porque lo que es con los oficiales no se puede contar para nada.

CON. ¡Ya, ya!

PEDRO. (*En el foro. Anunciando*) El Teniente don Pedro Manzano. (*Ap*).

M.ª FER. ¡Ah!, ¿es imbécil?...

PEDRO. Sí señora. Ese imbécil... (*Se azara*).

M.ª FER. ¿Queréis pasar aquí al gabinete? Mi hermana quería preguntaros no sé qué...

MANO. Sí, sí. Que no nos vea el teniente.

CON. No estamos muy bien con él. Nos hizo la corte a las dos..., y luego...

M.ª FER. Comprendido. (*Aparte*) Otro par de huesos. (*A Pedrote*) Que pase y espere al señor general. (*Vánse las tres por la segunda izquierda*).

PEDRO. (*Desde el foro mirando hacia afuera del mismo*) Pase usted, mi Teniente.

MANZA. (*Se asoma con cierta escama, y viendo que no hay nadie, entra*) (*Viste de uniforme*). ¿Por aquí?.

PEDRO. El General no está.

MANZA. Ya lo sé. Le he visto salir hace cinco minutos. Pues por eso he venido yo... si no, ¿de dónde?

PEDRO. Pero no tardará. Ha ido por salchicha.

MANZA. ¡Por salchicha? ¿qué dices?...

PEDRO. Sí señó. Pa el té. Pero tengo orden de desirle que le espere a que vuelva.

MANZA. Oye ¿te has fijado en si el General se ha levantado esta mañana de muy mal genio?

PEDRO. Con el de siempre. Yo entodavía no le he visto que lo tenga bueno. Es un señor que no está contento más que cuando está enfadao.

MANZA. Bueno. Pues me he caido. Anda con Dios.

PEDRO. A la orden. (*Haciendo mutis*) ¡6 molinillos pa el café.. Un estropajo y dos pasas de a kilo! (*Vase*).

MANZA. Ya se yo lo que me cuesta la broma. Un mes de arresto y una nota. ¡También es pata la mía!... ¡Y menos mal que me ha prevenido el Comandante Salgado...

ALVA. (*Entra por la segunda derecha, ve a Manzano y se cuadra*). A sus órdenes.

MANZA. (*Al verle*). ¡Alvaro!...

ALVA. ¡Perico!... (*Se dan un abrazo*).

MAMZA. ¡Cuánto tiempo sir verte.

ALVA. ¡Algunos años.

MANZA. ¡Qué casualidad, encontrarte aquí!

ALVA. Cumpliendo mis deberes para con la Patria

MANZA. ¿De cuota en algún regimiento.

ALVA. Nada de eso. Soldado por mi suerte.

MANZA. ¿Soldado de reemplazo?... ¡Atiza!... ¿Tú?. ¡El hijo de Pérez de Luna, el banquero más fuerte de Castilla!... Alguna burrada que has hecho por ahí...

ALVA. No. Un poco de juventud y un mucho de amor propio. La historia vulgar de un muchacho educado como yo en un ambiente fantástico de dinero y de holganza.

MANZA. ¿Qué piensas hacer?

ALVA. Lo que he hecho, no sé si bien o mal. Presentarme como voluntario para servir de asistente en esta casa.

MANZA. (*Riéndose con ganas*) ¡Tú de asistente!... ¡Y en esta casa!... ¡De remate!

ALVA. Es lo más apropósito a mi manera de ser y a mis aptitudes. En el cuartel me llaman de mote «El señorito», y eso soy. Un señorito que no sirve mas que... para ser señorito. Pero comprenderás que entre limpiarle las botas al sargento de mi sección, o limpiár-

selas a la hija del General, la elección no es dudosa.

MANZA. Es que tú no sabes donde te has metido, galán.

ALVA. Algo me han hablado de las excentricidades de esta familia, pero las prefiero.

MANZA. ¡Que tú no conoces a doña Imprudencia, como la llamamos nosotros, ni a su niña mayor! Aquí la que tiene tratamiento de Excelencia es la señorita María Fernanda Cachano, Generala Gobernadora de esta sufrida guarnición.

ALVA. Pero es mujer, y a las mujeres se les disculpa todo. Hasta el mal genio.

MANZA. ¡Si esta niña no tiene el genio malo!... ¡Lo tiene en estado preagónico!. Como vé que pasan los años y no encuentra un novio, ni de segunda mano, está que echa lumbre...

ALVA. Hay un remedio muy sencillo.

MANZA. ¿Cual?

ALVA. Buscarle un novio.

MANZA. Querían pescarme a mí y por eso voy a invernar un mes en un castillo.

ALVA. ¿Arrestado?

MANZA. Eso me acaba de decir el ayudante del General.

ALVA. ¿Por qué?

MANZA. Por el terrible delito de ser el novio de la cocinera de esta casa. Ya conoces mis aficiones. ¡Estas niñas del Charlestón y del té con pastas, me pueden!. ¡A mí dame una Menegilda que sepa ceñirse un chotis a izquierdas, y después una tortilla de escabeche, con un frasculo de tinto para el descanso. Cada uno vive a su manera. Y la cocinera de su Excelencia tiene tratamiento en su clase. ¡Qué mujer, chico, fíjate! (*Saca un retrato y se le enseña*). Ahí la tienes vesti-

da de bebé en un Concurso de disfraces organizado por la Sociedad «La Cacerola de oro».

ALVA. ¡Vaya si es guapa! ¿Se puede leer la dedicatoria?

MANZA. ¡Ya lo creo!

ALVA. (*Leyendo*). «Te ciere»... será «te quiere».

MANZA. Claro.

ALVA. (*Leyendo*). «Te ciere hasta la ajo... ajo»...

MANZA. Hasta la agonía... pero lo pone con jota.

ALVA. Pues una jota en la agonía no va bien. (*Leyendo*). «Tuya Guana». Aquí venía bien la jota. (*Le devuelve el retrato*). Te felicito es muy mona.

MANZA. Bueno, pues la Generalita me vió rondando la calle y se figuró que había encontrado su media naranja. Pero creo que esta mañana en una pelotera entre la Juana y doña Prudencia, no han quedado ni los gajos... Y se ha descubierto todo.

ALVA. Eso no puede ser. Hay que evitar ese castigo... (*Meditando*). Yo puedo sacarte del atolladero si tu me autorizas.

MANZA. ¿Tú?

ALVA. Yo, sí, me comprometo a salvarte, pero a costa de un pequeño sacrificio por tu parte.

MANZA. ¿Cuál?

ALVA. Muy sencillo. Yo hablaré con la «Generalita». Me presentaré como el novio de Juana, y la convenceré de que cuanto ha dicho la cocinera, ha sido por despecho al verse despedida de la casa. Además la presentaré ese retrato, como mejor prueba de lo que le digo. Claro que ahora es necesario que tú sigas paseándole la calle y apareciendo como su pretendiente, fingiendo estar ajeno a lo que ha pasado.

MANZA. ¡De ninguna manera!. Prefiero el castillo.

ALVA. Es que después conseguiré que María Fernanda te de calabazas.

MANZA. ¡Cá!... ¡Tú no la conoces!. Esa no le da calabazas ni a un náufrago.

ALVA. A tí te las dará. Yo me encargo de ello.

MANZA. No, no.

ALVA. ¡Te aseguro que no falla¡. Prueba siquiera ..

MANZA. (*Algo vacilante*) Bueno..., pero si te sale mal... como superior jerárquico me las pagas.

ALVA. Desde luego. Dame el retrato, que lo demás corre de mi cuenta.

MANZA. Toma. (*Se le da*).

ALVA. Y ahora espera aquí en el despacho del General. Y prepárate a tomar el té esta noche con tu futura.

MANZA. A ver si me metes en un lío.

ALVA. (*Empujándole hacia la segunda derecha*). Vete tranquilo. (*Vase Manzano*) ¡Superior! ¡Tendría gracia que terminara por arreglar el noviazgo de mi amigo Perico con la Generalita! Y tendría más gracia aún, que acabara yo por ser el novio de Juana... Después de todo tendría una novia propia de mi categoría... (*Mirando el retrato*) Y guapa, es muy guapa.... el tipo es finito...

M.ª FER. (*Entra y ve a Alvaro mirando el retrato*) Alvaro...

ALVA. (*Guardándose el retrato rápidamente*). Señorita...

M.ª FER. ¿Buscaba usted algo?

ALV. Sí, señorita... Buscaba... una ocasión para hablar a solas con usted.

M.ª FER. ¿Conmigo?

ALV. Si es qúe me lo permite.

M.ª FER. ¿Por qué no?

ALV. Es que... como criado de esta casa, me acaban de confiar una misión... que no sé si

sabré cumplir... como en estos momentos no hay en la casa más criados que Pedrote y yo... y Pedrote es tan zafio.

M.ª FER. Bien. Puede usted empezar. (*Va al espejo y se arregla el pelo*).

ALV. Es que... no sé si voy a saber empezar... Señorita... hay hombres enamorados, pasionales, capaces de las mayores locuras... Pues bien... Uno de esos hombres acaba de llegar a esta casa.

M.ª FER. ¿Aquí?... ¡Ah!...

ALV. Sí señorita. Un apasionado vehemente, que desgraciado suspira por una mujercita espiritual, delicada, adorable, pero insensible según él a esos anhelos de felicidad. Y ese apasionado pretendiente, no ha dudado en descubrir su secreto a un pobre asistente como yo, porque esa pasión le ahoga.. ¡le asfixia!... ¡le consume!...

M.ª FER. ¡Qné barbaridad!

ALV. (*Alto*). Será una barbaridad, pero ya no tiene remedio... El amor es así... o debe ser así... Como le siente ese pobre enamorado.

M.ª FER. (*Saca un estuchito de pintarse y comienza a embadurnarse la cara*). Se ve que trae usted muy bien aprendido su papel de doncellita discreta. Supongo que le habrán dado una buena propina...

ALV. Lo corriente en los muchachos de buena familia... Porque el indicado pretendiente desciende de recias ramas...

M.ª FER. ·Es mono, por lo visto?

ALV. No está mal. Harán ustedes una parejita envidiable. Para un hombre como él, distinguido, correcto y de buena presencia, está usted pintada, señorita.

M.ª FER. ¿Usted cree?...

ALV. Ciegamente. No es extraño que un hombre

de refinado gusto, busque como compañera de toda su vida, una mujercita espiritual... distinguida... ele,... ele...

M.ª FER. Acabe usted... ¡elegante!

ALV. Iba a decir... elegida por su corazón... no quiero aventurarme demasiado en mis apreciaciones.

M.ª FER. (*Sufriendo como una sacudida en su amor propio*). ¿Cómo?... según eso... ¿no le parezco a usted elegante?...

ALV. Señorita... Mi criterio en materia de modas es muy poco interesante para usted. Yo... un pobre soldado... un asistente...

M.ª FER. Un asistente artista,... poeta,... pintor,... Su criterio me interesa más de lo que usted cree... vamos... dígame.

ALV. ¡Señorita, por Dios..., yo no puedo atreverme...

M.ª FER. Pues es preciso que se atreva. Tanto que le ordeno que me dé su opinión respecto a mi manera de vestir. (*Pausa*) Se lo mando al asistente, para que opine el artista

ALV. (*Aparte*). Con esto no contaba yo... ¡qué compromiso... (*Alto*). Pues... en este caso el asistente y el artista están en completo desacuerdo. Al criado le parecen muy bien esas combinaciones rebuscadas de colores chillones y adornos extravagantes. Al pintor que no sabe mentir, señorita..., le parecería más elegante la sencillez... la sobriedad... la armonía que nunca falta en el verdadero buen gusto.

M.ª FER. (*Mortificada*). (*Arreglándose con cierta nerviosidad el vestido*). Vamos, que en lo sucesivo habrá que pedirle a usted consejo antes de hacerse un traje.

ALV. ¡Señorita por Dios, no se burle!

M.ª Fer. Menos mal que a mi pretendiente no debo haberle sido tan extravagante.

Alv. Ciertamente.

M.ª Fer. ¿Y quién es él, si puede saberse?

Alv. El teniente Manzano.

M.ª Fer ¿Como?... ¿El novio de mi cocinera?...

Alv. Ese es el error que yo tengo, la obligación de poner en claro. El teniente Manzano no ha sido nunca el novio de su cocinera.

M.ª Fer. ¿Será capaz de negarlo cuando yo los he visto juntos?

Alv. Naturalmente. porque pretendía que fuese la cocinera quien diera el paso que estoy yo dando en su lugar, y por eso tuvo con ella algunas entrevistas, pero el incidente de esta mañana ha servido para que la Juana con un espíritu de venganza haya inventado una calumnia. El único novio de la cocinera soy yo.

M.ª Fer. (*Muy sorprendida*). ¿Usted?...

Alv. Sí, señorita, yo. Es una novia muy apropósito para mí. Lo que me corresponde.

M.ª Fer. Sin embergo en apariencia, parecía que tenía usted más pretensiones que los de un criado vulgar.

Alv. ¿Por qué había de tenerlas?... ¿Qué soy más que un criado, señorita? Por eso busco mi compañera, en esa clase demócrata de planchadoras, modistas o sirvientas, que después de todo... ¿porqué no decirlo?... saben querer con más fé y no conocen más orgullo que el de su amor. Así pues, nada más lógico. Para un asistente una cocinera.

M.ª Fer. (*Con desilusión*). (*Aparte*). ¡Cuatro idiomas!... ¡New York... poesía... pintura... y novio de la cocinera!... (*Alto*). Es verdad... hemos sido un poco ligeros al juzgar

a Manzano... y también a usted... sobre todo yo... He debido pensar que aún hay clases... y para el teniente era muy poco una fregona... como para el soldado era demasiado una señorita... Ahora están ustedes cada uno en el lugar que les corresponde.

Pedrote entra por el foro, con unos paquetes que deja sobre el velador. Lleva también en la mano una escoba y unos zorros.

PEDRO. El señor General acaba de llegar.

M.ª FER. A propósito Pedrote.., este piso está muy mal barrido... y los muebles llenos de polvo... Traiga usted. (*Le coje la escoba y los zorros*). Seguramente que su compañero lo hará mucho mejor. (*A Alvaro*) Tome. (*Le da la escoba y los zorros*) ¡A barrer y sacudir!

(*Pedrote vase por el foro. Alvaro sonriendo, toma la escoba y los zorros y barre y sacude alternativamente*).

PEDRO. Vamos por el encargo de la generala.

GENERAL. (*Entrando por el foro con más paquetes*). ¡Ya estaréis contentas! (*Prudencia viene tras él*). ¡Qué pastelería más inmunda... ¡Me han engañado miserablemente... (*Tira con rabia los paquetes sobre el velador*). ¡Mira que haberme costado la lengua tres duros... ¡Ni que fuera el Esperanto. ¿Pero qué es esto? ¿Alvaro barriendo?

M.ª FER. Alvaro, sí.

GENERAL. ¿Y no podía limpiar a otras horas?... ¡Nos va a poner perdidos!...

M.ª FER. Tienes razón..., ¡Es de lo más inoportuno!... ¡Y más torpe!... No sabe sacudir sin levantar polvo... (*Cara de sorpresa de* -

varo). ¡Al fin y al cabo asistente! ¡Todos son iguales!

GENERAL. (*A Alvaro*) ¿Quiere usted no fastidiar más con su limpieza? (*Sale Prudencia*).

M.ª FER ¡Pues claro!... (*Con malos modos*). ¡Deje usted eso ahora!... (*Alvaro deja la escoba en un rincón y los zorros sobre una silla*).

ALV. Mi general. El teniente Manzano espera en el despacho de su Excelencia.

GENERAL. ¡Hombre!... ¡Superior!... ¡Viene que ni llovido del cielo!... ¡Ahora vereis!.

M.ª FER. ¿Qué vas a hacer?

GENERAL. Ya oireis los gritos.

M.ª FER. No papaito. Nada de eso. Al teniente Manzano vas a convidarle a tomar el té.

GENERAL. ¿Eh?.

PRUDEN. ¿Qué dices mujer?

M.ª FER. Que el teniente Manzano ha sido víctima de una calumnia por parte de la cocinera, y está esperando en el despacho para hablaros de un asunto que se relaciona con mi porvenir... con el porvenir de los dos, mejor dicho.

GENERAL, ¿Ahora salimos con esas!... ¡Mira niña!...

M.ª FER. Y como a mí no me disgusta para marido... (*Alvaro sonríe*).

PRUDEN. ¿Es posible?... (*Imperativa*). ¡Ahora mismo... Plácido, llámale!... Le recibiremos en el salón grande,

GENERAL. Bien, como querais. (*A Alvaro*). Diga usted a ese oficial que pase, (*Alvaro va al despacho*). ¡Pero conste que me vais a volver loco!... ¡Que le castigue,... que no le castigue... que le convide... ¡Vaya un Manicomio!...

ALV. (*En la puerta*). Pase usted mi teniente.

MANZA. (*Asomando por la puerta y con mucha escama*). ¿Da... Vuecencia su permiso?...

M.ª Fer. (*Aparte al General*). ¿Por Dios, papá... amabilidad?

General. Pase, amigo Manzano... ¡nada de Vuecencia hombre... Apee el tratamiento en confianza.

Manza. Muchas gracias. (*Mira con asombro a Alvaro, y este le sonríe como diciendo, ¿eh que te decía yo?*).

M.ª Fer. (*Aparte al General*). No está mal, pero es poco. Más cariñoso aún.

General. Bueno. (*Se acerca más a Manzano y le da en el hombro dos o tres golpes formidables, que él, pretende hacer casiñosos, pero que a poco le doblan*). ¡Vaya con Manzano! Usted perdonará que le haya hecho esperar, pero salí a comprar unas cosillas...

Manza. ¡Por Dios, mi general!...

General. Ya me ha dicho que quiere usted hablarnos..., y aquí nos tiene usted.

Pruden. Pasaremos al salón grande.

General. Sí, es mejor, ¡Vaya con el amigo Manzano... (*Nuevos golpes en el hombro*). Y desde luego esta noche vendrá a tomar el té.

Manza. Sí señor, sí. (*Vuelve a mirar a Alvaro*).

Pruden. ¿Vamos?

Manza. Cuando usted disponga.

(*Hacen medio mutis en el momento en que entra por el foro Pedrote, con dos pesas de metal*).

Pedrote. ¡Mi generala! ¡Las dos pesas de kilo! (*Las enseña*) ¡Y que no querían dármelas!

Pruden. (*Con gran sorpresa*) ¡Cómo dos pesas de a kilo! ¡¡Le dije a V., dos kilos de pasas!!

Pedrote. ¡¡Arrea!! ¡Que me trabuqué! Pero no me negará usté, que se paesen mucho dos kilos de pasas y dos pasas de kilo.

General. (*Muy fino y disimulando su mal humor*) ¡Déjalas ahí! que es lo primero que te voy a

meter bien en la cabeza! ¡Pase V., amigo Manzano! (*a M.ª Fernanda*) Enseguida te llamamos, niña. (*Salen foro*).

M.ª Fer. Aquí espero. (*a Alvaro*) Y ahora que a nadie le molesta el polvo... ¡A barrer! ¡a sacudir! (*Alvaro obedece. Por la derecha salen Manolita y Consuelito*).

Mano. Ea, nos vamos Mary. (*al ver a Alvaro*) Oye... ¿éste es el nuevo?

Con. ¿El distinguido?

M.ª Fer. Ni distinguido, ni fino, ni nada. ¡Un criado vulgar como todos! (*Haciendo mutis con Manolita y Consuelito*) ¡¡A barrer!! (*Mutis*).

Pedrote. (*Con gran sorna*) ¡Hala, hala! ¡A barrer! ¡A sacudir! Y luego... «dále de betún a las botas».

TELÓN RÁPIDO

Fin del acto primero

ACTO SEGUNDO

Un salón decorado a la antigua, pero elegantemente. Muebles cómodos, principalmente divanes, sillones, etc. Alguna vitrina. El salón tiene una puerta a la izquierda en primer término, y en segundo término, haciendo chaflán, un arco de columnas con un gran tapiz. En la derecha dos puertas iguales, y otra grande en el foro, que da a una galería. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, está PEDROTE *solo en escena, vestido de frac, que le sentará muy mal.*

PEDRO. Güeno; que me pongan estos guantes en los deos por mor de la higiene, pase. Que me haigan vestío con esta chaqueta flamenca con fardones, pase también; pero que me haigan puesto esta tirilla... ¡Eso sí que no pasa! ¡Chavó! ¡Paese que tengo er pescueso metío en una cañería! ¡Disen que es una pajarita! ¡Mi mare con la pajarita...! ¡Me está dando cá picotaso en la nué...! En fin, vamos a dar el recao de la generala: Ir a casa del comandante Planas y decirle... *(Para sí.)* Hasta aquí vamos bien. ...Y decirle que mi generala no ha podido ir hoy... *(Como antes.)* ¡me sale calcao!... pero que irá mañana para felicitarle por haber tenido su señora otro niño... por haber tenido su señora otro niño..., otro niño... *(Vase.) (Salen los demás personajes y se van*

sentando, continuando una conversación comenzada dentro.)

CON. Si es cierto lo que se dice por ahí, no es extraño que venga mucha gente.

MANOLO. Se habla del nuevo asistente; dicen que es novio de la hija mayor del general.

MANO. Pues es verdad. Claro que el novio oficial de Mary es el teniente Manzano; pero todo el mundo sabe que Mary tontea con el asistente.

MANOLO. A mí me lo dijeron hace días en la tienda de tejidos de la Viuda de Godínez.

CON. ¡Si hasta en el mercado se lo dijeron a mi cocinera..!

MANO. Es la comidilla de toda la ciudad. Parece que al principio él se mostraba muy duro de pelar, y ella, por despecho, aceptó las relaciones con el teniente. Pero luego los vientos han cambiado, han hecho las paces, y de un momento a otro le darán al pobre Manzano la absoluta.

MANOLO. Parece mentira, ¿eh?... ¡un asistente derrotando a un oficial!...

MANO. Sí, pero ¡qué asistente! Hijo único de un banquero. ¡Nada más!

CON. Un muchacho ideal. ¡Qué educación!

MANOLO. Dicen que hace hasta versos muy bonitos y todos del mismo tamaño, para que rimen bien.

MANO. Desde que le hace cara Mary, viste mucho mejor...; va hasta elegante

CON. Se conoce que él la aconseja.

MANO. Claro. *(Siguen hablando en voz baja.)*

ALIPIO. *(Saliendo. A Charito.)* De hoy no pasa que avise a mis papás para que vengan a pedir tu mano.

CHAR. Paciencia, Alipio. Ya sabes lo que ha dicho Salgado. En cuanto veas que papá está de buen humor... pero un buen humor algo estable... les avisas para que vengan.

ALIPIO. Mi papá está muy escamado.

CHAR. Pero ahora mi padre está muy cambiado. Desde que ha venido a casa Alvaro, el asis-

tente, tiene mucho mejor genio. ¡Como Alvaro le comprende tan bien!...

ALIPIO. Ya le he pedido una recomendación, y me ha ofrecido su apoyo.

CHAR. Lo que él no consiga no lo consigue nadie. ¡Ya ves, logró que el día del santo de Mary pusieran en libertad a todos los arrestados de la guarnición!

ALIPIO. Como que le llaman «Su excelencia el asistente». *(Continúan en voz baja.)*

PRUDEN. *(Saliendo.)* ¡Calle usted! ¡Una suerte enorme! ¿Usted no le conoce?

SALOMÉ. De oídas. En la población no se habla de otra cosa que de su genízaro. Ha causado más expectación que una travesía del Atlántico en «extraplano». Creo que es un completo «gentleman», un refinado «sportsman» y un consumado «clubman».

PRUDEN. Ahora le conocerá usted. Le hemos autorizado a que vista de paisano, y le cae el «smoking»...

SALOMÉ. ¿Y es cierto que además es trilingüe?

PRUDEN. ¿Tri... qué?

SALOMÉ. Trilingüe. Que habla cuatro lenguas.

PRUDEN. Cinco: inglés, francés, alemán, vascuence y taquigrafía.

SALOMÉ. ¡Qué asombro!

PRUDEN. Lo cierto es que ha entrado en esta casa para darnos la suerte. Lleva en ella dos meses, y ya le ha salido a María Fernanda un pretendiente formal, a mí se me han aliviado los dolores del hígado y se han muerto dos generales más antiguos que mi marido. ¿Le parece a usted poca fortuna?

SALOMÉ. Por lo visto es un «porte - bonheur»,

PRUDEN. Hasta para la servidumbre nos ha traído la suerte.

SALOMÉ. Pues ya puede usted decir que ha puesto una puya en los Países Bajos. *(Continúan en voz baja.)*

GENERAL. *(Saliendo con Fresno.)* ¿Dice usted que es un asunto desagradable, mi coronel?

FRESNO. Bastante, mi general. Lamento tener que darle este disgusto, pero como se trata de una falta que usted siempre ha corregido con severidad...

GENERAL. ¿De qué se trata?

FRESNO. De un teniente de mi regimiento que el domingo pasado se marchó con la novia al baile del Frontón. Una modistilla aficionada a los uniformes... Allí se encontraron con un antiguo novio de la chica... tuvieron los rivales unas palabras... se agarraron al fin, y hubo bofetadas, botellazos y el escándalo consiguiente.

GENERAL. ¡Ah, sí! Algo me han hablado. ¿Quién fué el primero que repartió la leña?

FRESNO. Según los que presenciaron el hecho, el primero fué el oficial. Y lo creo, porque el pollo es de los que «madrugan», como dicen los flamencos.

GENERAL. ¡Muy bien! Eso me gusta. Le felicito, señor coronel, por tener en su regimiento una oficialidad con ese temple.

FRESNO. *(Que se queda como quien ve visiones.)* Le advierto a usted, mi general, que a él le dieron lo suyo... Tiene el ojo derecho como una castaña de Indias.

GENERAL. ¡Ah!, eso ya varía. Si, como espero, la modistilla es guapa y se merece que uno de nuestros oficiales reciba una ofensa traumática en dicho órgano visual, felicite también al teniente en mi nombre. Si la novia es fea, arréstelo dos días en banderas, por primo. Y dele orden de que busque otra mujer pasable, por lo menos. *(Sale Salgado.)*

FRESNO. *(Cada vez más asombrado.)* El caso es que... como tiene usted dadas órdenes para estas faltas... pues... me he anticipado, y tengo arrestado al oficial desde el domingo.

GENERAL. ¡Ah!, pues nada, hombre. ¡Pobre muchacho! ¡Y pobre muchacha! Al arrestarle a él arresta usted a los dos... Póngalo en libertad por te-

léfono. *(Se levanta.)* Puede usted emplear el de mi despacho. Yo, a los veinte años, daba también muchas bofetadas... y me daban unas cuantas también... Eso es cuestión de la edad. *(Va al grupo de Prudencia y Salomé.)*

FRESNO. *(Con la boca abierta por la sorpresa. A Salgado.)* Lo veo y no lo creo, amigo Salgado. ¡Un hombre que era una verdadera fiera se ha vuelto más inofensivo que un parche poroso!

SALGA. No lo sabe usted bien.

FRESNO. Bueno, iré al teléfono a poner en libertad a ese oficial. Daré la orden como si fuera cosa mía. *(Vase por primera derecha.)*

SALGA. *(A Charito.)* Creo que deben ustedes aprovechar este rato. Tenemos a su papá hecho una pera en dulce.

ALIPIO. ¿De veras? No sabe usted lo que me alegro... Están mis padres esperando vestidos hace ocho días.

SALGA. Pues vaya usted por ellos en seguida, que esta es la gran ocasión.

ALIPIO. *(A Charito.)* ¡Ay, riquita! ¿Será posible que al fin consigamos que puedan venir sin jugarse la vida?

CHAR. ¡Pero, anda!... ¡Date... prisa! No seas tonto.. no te entretengas en decirme nada.

ALIPIO. En un vuelo. ¿Y usted, Salgado, nos echará una mano?

SALGA. Sí, hombre, descuide. *(Vase Alipio por el foro. Charito le acompaña un momento y vuelve a escena.)*

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, *una* DONCELLA, *el* CORONEL RIVERA, ROSITA, CACHITA. *Todos por el foro.*

DONCELLA. *(En el foro.)* El coronel Rivera y su familia.

GENERAL. ¡Caramba!, ya tenemos ahí al coronel de los bizarros lanceros.

SALOMÉ. Y por lo visto viene con su mujer.

RIVERA. *(En el foro. De uniforme.)* ¿Se puede? *(Es un hombre muy rudo y campechanote.)*

GENERAL. Adelante, mi coronel.

RIVERA. *(Entrando con Rosita y Cachita.)* A sus órdenes. *(Se estrechan las manos.)*

GENERAL. *(Saludando a las damas.)* ¿Qué tal, señora? Creíamos que no quería usted nada con nosotros...

ROSITA. Ya sabe usted que yo salgo muy poco.

RIVERA. Algún día que lo dedico a paseo de ganado y las saco a dar una vuelta.

ROSITA. *(Saludando a Prudencia.)* Pero las circunstancias mandan...

RIVERA. Y las hijas mandan más que las circunstancias. Cachita ya quiere alternar y hay que irla fogueando.

CACHITA. *(Que viste exageradamente corta.)* Es lo que yo digo a mis papás. Por algo me habéis puesto de largo.

GENERAL. De largo de ahí. *(Indicando el tronco.)* Porque lo que es de aquí... *(Indicando las piernas.)*

CACHITA. La moda. Me han cortado la trenza... me han cortado los vestidos... me han cortado las mangas...; lo que se lleva.

RIVERA. Lo que se lleva al aire, mi general. Ahora, las muchachas modernas, en vez de tener una profesora de bordar, tienen un profesor de baile. Se pintan las uñas con crema de limpiar los zapatos de color, y se dan en las pestañas hollín de la chimenea... ¡Las modas!

CACHITA. Lo que se estila. Yo ya sé bailar el vals de Clon, el «charlestón» y el «black botón».

GENERAL. ¡Ah!, pues jamón. Nada, nada, al salón de baile, a lucir esas habilidades. Nosotros vamos a formar nuestra partidita de tresillo, ¿eh?

RIVERA. Siempre a sus órdenes. *(El General va al grupo de Charito y Salgado y habla con ellos.)*

PRUDEN. Sí, señor; aunque le parezca a usted raro, estamos todos de buen humor y usted ha contribuído a ello, mi coronel.

RIVERA. Yo, señora.

PRUDEN. Sí, sí, señor. Estamos encantados con el asistente que nos ha elegido.

RIVERA. Pues yo no quiero adornarme con plumas ajenas, porque ni le conozco siquiera. Se lo encargué al capitán Montoya y a él se debe ese acierto.

PRUDEN. ¡Ah!

GENERAL. Hoy estoy de buen humor.

SALGA. *(A Charito.)* Que sea enhorabuena.

CHAR. ¡Ya era hora!

PRUDEN. Vamos al salón de baile, a que estas chicas se diviertan. *(La doncella sostiene, levantando el tapiz que cubre la puerta del segundo término izquierda.)*

MANO. Vamos, sí. Yo estoy deseando mover los pies. *(Van saliendo todos por el arco de la segunda izquierda.)*

RIVERA. Mientras ustedes sacan puestos, yo acompañaré a las señoras.

GENERAL. Bien está. Vamos, Salgado. *(Van haciendo mutis por la primera derecha.)*

SALOMÉ. La verdad es que las chicas están como *bibelots* con ese *cachet* moderno. ¡Qué *sprit* más *enchanteur! (Mutis con Prudencia.)*

RIVERA. *(A su hija y su mujer, que se han quedado las últimas.)* Vas a tener mucho calor en el salón de té. ¿Por qué no te quitas la piel?

ROSITA. Ya me la quitarán las otras señoras, no te apures. *(Vanse todos.)*

ESCENA TERCERA

La DONCELLA *en escena;* ALVARO, *por el foro, correctamente vestido de* smoking.

ALVARO. *(A la doncella.)* ¿Ha pasado la señorita María Fernanda?

DONCELLA. Por aquí, no. Me parece que no ha salido de su cuarto todavía.

ALVARO. *(Dándole una carta.)* Entrale esa carta que han traído para ella. *(Baja a escena.)*

DONCELLA. *(Que se le queda mirando con cierta picardía.)* ¿Nada... más?...

ALVARO. *(Que no la hace caso.)* Nada más.

DONCELLA. *(Acercándose más y poniéndole el brazo como para que la dé el acostumbrado pellizco de otras veces.)* ¿No se te olvida algo?

ALVARO. No se me olvida nada. Anda, que están esperando la contestación.

DONCELLA. Yo también esperaba... la contestación.

ALVARO. Pues date prisa, que urge.

DONCELLA. Voy, hombre, voy. *(Sin dejar de mirarle, haciendo mutis por primera izquierda.)* ¡Nada!... Desde que ha venido la otra doncella, ni una cosquilla... ¡y como guapo!... ¡Está cañón, con ese traje de señorito!... ¡Uy, qué hombre! *(Vase.)*

ESCENA CUARTA

ALVARO. *En seguida, el* CORONEL RIVERA. *Después, el* GENERAL.

ALVARO. *(Que parece muy preocupado, enciende un cigarrillo elegante.)* Daría cualquier cosa por saber lo que le dice Manzano. Porque esa carta es de Manzano, no me cabe duda.

RIVERA. *(Entra por la segunda izquierda comiéndose un pastel.)* ¡Menos mal que los pasteles son exquisitos! Y algo compensa el sacrificio de jugar con el general, que es un maleta, y tener que dejarse ganar por aquello del respeto al superior... *(Ve a Alvaro, que siempre de espaldas al foro, lanza al aire espirales de humo.)* ¡Caramba!, un pollo que me parece que se divierte tanto como yo... Si supiera jugar, le cedía mi puesto... *(Se acerca a Alvaro.)* ¿Se fuma, eh, pollo?

ALVARO. *(Al ver a su Coronel, se le atraganta el humo, tira el cigarrillo, se levanta y se cuadra militarmente.)* ¡Mi... Coronel!...

RIVERA. ¿Pero qué hace, hombre?... Siéntese, siéntese... no faltaba más.

ALVARO. ¿Sentarme delante de usted, mi Coronel?...

RIVERA. Delante, no. Estaríamos muy incómodos. Aquí, a mi lado *(Se sienta y obliga a Alvaro a sentarse.)*

ALVARO. ¡Pero por Dios!...

RIVERA. Déjese de cumplidos. ¿Qué?... ¿Nos divertimos, eh?... Parece que no le distrae a usted mucho el baile.

ALVARO. Me encanta, mi Coronel. Pero yo no puedo alternar en esta sociedad...

RIVERA. Comprendido. En esta sociedad de cursis, ¿verdad? Le pasa a usted lo que a mí. Que en esta casa se aburre usted como una ostra, ¿no es eso? En confianza. No se lo voy a decir a nadie.

ALVARO. Yo, no puedo opinar, mi Coronel...

RIVERA. ¿Ah, no?... Hombre, oiga usted...

ALVARO. *(Levantándose y cuadrándose de nuevo.)* Diga, mi Coronel.

RIVERA. ¡Pero hombre! ¿Por qué se cuadra tanto para hablar conmigo?

ALVARO. Es que yo... mi Coronel... aunque me ve usted con esta ropa...

RIVERA. Sí, hombre... no se moleste... lo he comprendido. Usted se vistió creyendo que esta *soirée* de Cachupín merecía la pena, y ahora está usted abroncado.

ALVARO. No es eso, mi Coronel.

RIVERA. Bueno, a lo que importa. *(Le obliga a sentarse.)* ¿Usted sabe jugar al tresillo?

ALVARO. Bastante bien.

RIVERA. ¡Pues es usted mi hombre! *(Saca la petaca y le ofrece un cigarrillo.)* Tome.

ALVARO. *(Tomándolo.)* Muchas gracias.

RIVERA. Hoy va usted a ocupar mi puesto en la partida del General.

ALVARO. ¿Yo?

RIVERA. Sí, usted.

ALVARO. Yo no puedo jugar en esta casa.

RIVERA. ¡Pero caramba!... ¡Usted no puede bailar... usted no puede jugar... *(Viendo una mancha que le ha caído en el uniforme.)* ¡Vaya... ya me manché el uniforme con el pastelito!...

ALVARO. Permita, mi Coronel. Eso se quita muy bien con alcohol. *(Toma un mechero de alcohol que estará encendido sobre una mesita, le apaga, vierte un poco en su pañuelo y frota con él la mancha.)* Perfectamente. Ya no se nota nada.

RIVERA. ¡Caray, es usted un muchacho encantador! ¡Qué servicial! *(Desde que sacó el cigarrillo ha ha estado tratando de encenderle con varias cerillas que se le apagan y que tira en todas partes menos en la escupidera que habrá en un rincón. Alvaro, al verlo, recoge todas las cerillas, las echa en la escupidera y se la pone más cerca.)* ¿Pero qué hace?

ALVARO. Las cerillas... que había usted tirado... y habían caído...

RIVERA. Déjelas que caigan...

ALVARO. Es que luego hay que barrer y...

RIVERA. ¿Pero a usted qué le importa?... ¡Qué hombre más raro!... Bueno, decía que va usted a ocupar mi puesto en la partida del general. El no juega un pimiento, y en cuanto pierde una puesta se pone que no hay quien le aguante... Bueno, no hay quien le aguante, aunque no juegue al tresillo. Y hace falta un muchacho como usted, que le dé unos cuantos codillos. Verá usted lo que nos vamos a reír. Yo iré de mirón. En cuanto le dé usted un par de pisotones, se pondrá rojo como una amapola, se morderá los labios y se levantará a dar unos paseos para refrescarse. Usted no le haga caso y trátele sin consideración..., arrástrele sin piedad..., písele lo que pueda..., y no le deje usted un caballo sano..., ¡duro con él!... ¡Como a usted no le puede decir nada!..

ALVARO. No, como decirme, no me dirá nada; me fusila.

RIVERA. ¿A usted?...

GENERAL. *(Entrando por primera derecha.)* ¿Pero dónde se ha metido ese Coronel del diablo? *(Viéndole.)* ¡Ah!, que estaba usted aquí... Le esperamos.

RIVERA. Ya iba, mi General.

GENERAL. ¡Hombre, me alegro que esté aquí Alvaro. Delante de él quiero felicitarle a usted por su acierto. Es un excelente muchacho.

RIVERA ¡Vaya si lo es!... Pero oiga... ¿mi acierto en qué?

GENERAL. En habérmelo enviado. Es una joya. ¡Si viera usted cómo sirve a la mesa!

RIVERA. *(Asombrado.)* ¿A la mesa?

GENERAL. Da gusto. ¡Y cómo limpia las botas! *(Rivera, ante la plancha, no sabe qué hacer: Se atusa el bigote, se arregla el cuello unas cuantas veces, y se estira los puños, por hacer algo).*

RIVERA. ¿De modo que este joven... es...?

GENERAL. El asistente que usted me mandó. ¿Pero no le conocía?

RIVERA. ¿Yo qué iba a conocer?... Se le encargué al capitán Montoya, y él le mandó.

GENERAL. Pues no pienso tener otro mejor en mi vida.

RIVERA. *(Aparte.)* ¡Señores, qué patata me he tirado!... *(Alto.)* ¡Caramba, qué bien!... ¡Pues me alegro la mar!... ¡Así me gusta!... *(A Alvaro, con intención.)* Espero que seguirá usted tan buen subordinado, y sobre todo... tan *discreto*, ¿eh?

ALVARO. Descuide usía, mi Coronel.

GENERAL. ¡Ea, vamos a darle un poco a la espada y al basto! Hoy tengo ganas de cogerle a usted por mi cuenta. Le voy a arrastrar sin piedad, le pisaré todo lo que pueda, y no voy a dejarle un caballo sano. Ya le veo a usted morderse los labios y levantarse a dar unos paseos para refrescarse.

RIVERA. Sí, sí, como usted guste. *(Aparte.)* ¡Pero qué patata! *(Vanse ambos por primera derecha.)*

ESCENA QUINTA

ALVARO. *En seguida,* MARÍA FERNANDA.

ALVARO. *(Sonriendo.)* ¡Pobre Coronel! Se ha ido de la lengua creyéndome un invitado, y ahora le cuesta un mal rato .¡Y pobre General, que se pasa la vida diciendo que es un amigo y un consejero y un confesor... ¡y hay que ver cómo le ponen sus penitentes!

(Entra en escena, por la primera izquierda, MARÍA FERNANDA, *seguida de la doncella. Viene vestida con una elegancia extraordinaria, que contrasta con la cursi exageración que ostentaba en el acto primero. Se ve, en efecto, que ha seguido los consejos de alguien y que ha corregido brillantemente sus primitivos errores.)*

MARÍA FER. *(A la Doncella.)* Dele esta carta al que ha traído el recado.

DONCELLA. Sí, señorita. *(Acercándose a Alvaro.)* Toma. La contestación de la carta.

MARÍA FER. No. A Alvaro le necesito aquí. Llévala tú.

ALVARO. En la puerta está un ordenanza esperando.

DONCELLA. ¿Un ordenanza? Entonces mejor es que vaya yo. *(Vase por el foro.)*

ALVARO. Si la señorita no me manda nada, voy a servir el té a los señores.

MARÍA FER. El té puede esperar. Y yo tengo una noticia importante que comunicarle.

ALVARO. ¿Sí?

MARÍA FER. Sí, señor. Pero antes permítame que le dé las gracias por las atinadísimas indicaciones que tuvo usted la bondad de hacerme sobre mis últimos trajes. Ha sido un éxito definitivo.

ALVARO. Mi enhorabuena.

MARÍA FER. Usted es quien debe recibirla, por ser mi director espiritual en estos asuntos de trapos. Todo el mérito es suyo.

ALVARO. ¿Yo Paquín de provincia?... No tengo vocación.

MARÍA FER. ¡Qué lástima!... Porque cuando usted se marche, ¿qué va a ser de nosotras? Y a propósito: quiero ser la primera en darle la noticia de que le hablé antes y que le va a llenar de alegría.

ALVARO. ¿Se casa usted?

MARÍA FER. ¡Qué poco acierto tuvo usted en esa primera ocasión en que ha actuado de buzón de alcance! La noticia que voy a darle es mucho mejor para usted. Y es, que le quedan muy pocos días de estar en esta casa.

ALVARO. ¿No están contentos los señores con mis servicios?

MARÍA FER. Sí. Como criado, cumple usted bastante bien. Pero no es por eso. Mi padre tiene la orden de licenciamiento de su reemplazo.

ALVARO. Ah, ¿es que me licencio?... Bien.

MARÍA FER. ¿No se pone usted muy contento?

ALVARO. ¿Para qué? No me interesa marcharme ahora.

MARÍA FER. *(Muy alegre.)* ¿No?... ¡Qué alegría!

ALVARO. Parece que le agrada que no me vaya.

MARÍA FER. Es que no me gusta cambiar tantas veces de asistente... Como a usted ya le conocemos...

ALVARO. Y más vale lo malo conocido... ¿verdad?

MARÍA FER. Es usted el primer soldado a quien no le produce impresión una noticia así.

ALVARO. Es que todos tienen a su regreso algo querido o interesante que les espera... Los padres... la tierra... la novia... A mí no me espera nadie. Mi padre está muy lejos e ignoro si me recibiría; novia, no tengo...

MARÍA FER. Lo sabía.

ALVARO. ¿Eh?

MARÍA FER. Que sabía que su padre estaba en uno de sus viajes. Usted lo dijo.

ALVARO. Además, aquí lo estoy pasando bastante distraído. Viene mucha gente los martes, y como el trabajo no es muy cansado...

MARÍA FER. Y ahora, sobre todo, estará usted en la Gloria. Tiene usted donde escoger en ese gremio

que tanto le agrada... Solamente en casa, tres doncellas y una cocinera. ¡Y guapas todas!.. Y que se desviven por hacerle a usted agradable la existencia. Le cuidan a usted mejor que a los amos.

ALVARO. Son muy buenas chicas. Se empeñan en obsequiarme. Especialmente la cocinera, que es la más espléndida. El domingo pasado me regaló un puro de quince y me dió una peseta para que fuera al «cine». Como me tocaba salir... Y no tuve más remedio que tomarle la peseta y el puro. También se empeña en que la mejor croqueta y el flan más en su punto, y la fruta más sabrosa, ha de ser para el asistente... ¡Es muy buena compañera!... Y claro... yo, encantado, porque no he recibido más atenciones en mi vida. Todo lo contrario de lo que me ocurría cuando tuve la pretensión de mirar a lo alto.

MARÍA FER. Me pinta usted tan bonito el porvenir de una mujer de esa clase, que estaba por meterme a servir... Y decidirme por hacerle caso al primer carbonero, *chauffeur* o asistente que fuera capaz de decirme algo.

ALVARO. No va a atreverse ninguno.

MARÍA FER. ¿Por qué?

ALVARO. Por miedo.

MARÍA FER. ¿Miedo de qué?

ALVARO. Verá usted, señorita. El otro día me decía un muchacho compañero... asistente también, de los que han servido en esta casa... «¡Qué guapa es la señorita Mary! Más bonita que un sol... Si yo pudiera decirla que no tuviera ese geniecillo... y que no fuera tan orgullosilla...-ni tan caprichosa... y tan presumida... ¡Porque buena es como nadie! Y tiene un corazón... y una inteligencia... Pero va a ser muy desgraciada, y tiene que verter muchas lágrimas antes de ser feliz... ¡Qué lástima!» Esto me decía mi compañero el asistente.

MARÍA FER. ¿Conque caprichosa, orgullosa y presumida? No salí muy bien parada. ¡Claro que a usted le ha pasado lo mismo!

ALVARO. ¿A mí?

MARÍA FER. Sí, señor. Porque también usted tiene admiradoras en nuestro gremio.

ALVARO. ¿Ah, sí?

MARÍA FER. Naturalmente. Y en esos momentos de intimidad entre amigas, he oído a alguna apreciar sus cualidades de un modo muy parecido a como apreció las mías ese asistente.

ALVARO. ¿Y qué dice esa admiradora?

MARÍA FER. Pues... lo que suelen decir las chicas en un gabinete de costura, enfrascadas en la ejecución de un encaje de bolillos. *(Simulando que habla una amiga.)* «¡Ay, hija, no está mal del todo, pero no es para tanto! No tiene mal tipo..., está educado a la moderna... lo justo para no hacer un mal papel... pero es bastante fatuo... aunque él quiera aparentar que es de humilde condición... ¡Si no fuese tan tontillo... y tan petulante! ¡Y es lástima, porque va a llevarse algunos desengaños! A última hora se casará con una de nuestra clase, aunque él cree que le espera una princesa rusa.» Y esto es todo lo que se le ocurrió a su admiradora.

ALVARO. Menos mal. No me puedo quejar. He salido mejor parado que usted, señorita Mary. Por lo menos me conceden poder ser feliz algún día con esa admiradora, aunque me juzguen fatuo y presumido.

MARÍA FER. *(Con rabia contenida.)* ¡Fatuo es poco; presumido es nada! ¡Es usted desesperante; es usted insoportable! ¡Váyase a servir el té!

ALVARO. En seguida. *(Medio mutis.)* ¡Ah!... perdone la señorita... se me olvidaba... *(Saca un abanico del bolsillo.)* El abanico que la señorita me entregó ayer para que le pusiera unos versos... *(Se le entrega.)*

MARÍA FER. ¡Ah!

ALVARO. Supongo que la señorita me dispensará si en esa composición la llamo de tú. Es una licencia que se permiten los poetas, y a que la métrica obliga muchas veces. Si la llamara de usted, el verso resultaría demasiado largo. Del mismo modo que estamos autorizados para llamar Filis a cualquier Gregoria o Ruperta o Sinforosa.

MARÍA FER. *(Leyendo.)*

«Cuando el aire que salga de este abanico
el nácar de tu rostro bese indiscreto,
la admiración rendida que te dedico
ha de decirte el aire muy en secreto.
Elogiar tu belleza yo no sabría
con mis versos vulgares, ripios y tropos.
Además ten en cuenta, bella María,
que ahora no se permite decir piropos.»

ESCENA VI

DICHOS. PRUDENCIA, *seguida de* MANOLITA, CONSUELO *y* CACHITA.

CACHITA. ¡Pero Mary!

CON. Pero, chica, ¿qué haces aquí? Oiga, Manolo, ¿qué es tropo?

MANO. Pues... tropo... tropa... debe ser algo militar.

PRUDEN. *(A María Fernanda.)* ¿No vas a tocar el piano?

MARÍA FER. Ahí está doña Salomé que tiene el título de profesora.

MANO. Doña Salomé toca siempre lo mismo. «La muerte de Tristán», «La danza macabra» y «La marcha fúnebre» de Chopín. Estamos secas de llorar.

CACHITA. ¡Cualquiera baila en una «Muerte», en una «Marcha fúnebre» y en una «Danza macabra»!

MARÍA FER. Pues vais a perdonarme que no os acompañe. Padezco una jaqueca espantosa. Pero tenéis un pianista que os servirá mejor que yo. *(Secamente.)* Alvaro, vaya a tocar el piano

para que estas señoritas se distraigan. Yo se lo mando.

ALVARO. Con mucho gusto, señorita.

PRUDEN. ¡Es verdad!... No había yo caído... ¡Es un artista estupendo!

MANO. ¿Vamos?...

ALVARO. Cuando gusten. *(Todas le rodean y hacen mutis con él, pidiéndole cosas distintas que quieren que toque.)*

MANO. Lo primero que tocará usted es un «charlestón».

CACHITA. Mejor un «black - botón».

(Vanse todos, menos Prudencia y María Fernanda, por segunda izquierda.) (Pausa.)

PRUDEN. *(Notando la nerviosidad de su hija.)* ¿Pero qué te pasa, María Fernanda?

MARÍA FER. *(Muy excitada.)* ¡Nada, mamá... nada!... ¿No ves que no me pasa absolutamente nada?... ¡Absolutamente nada!

PRUDEN. Estás demasiado nerviosa...

MARÍA FER. ¡Pues eso!... ¡que estoy muy nerviosa!... ¡Qué le vamos a hacer!... ¡Muy nerviosa! ¿Tú no has estado nerviosa nunca? *(Pasea por la habitación, golpeando el abanico y mordiendo el pañuelo.)*

PRUDEN. Muchas veces. Pero siempre habéis tenido vosotros la culpa.

MARÍA FER. ¿Cuando estabas soltera también?

PRUDEN. Entonces me ponía nerviosa tu padre. Pero a mí, en vez de darme por correr en las habitaciones, me daba por lo contrario. Era tu padre el que corría por los pasillos.

MARÍA FER. ¡Si yo pudiese hacerle correr a él!...

PRUDEN. ¡Ah, vamos, se trata de él!...

MARÍA FER. ¡De él, sí, de él!

PRUDEN. Siempre me pareció un completo trasto.

MARÍA FER. *(Ofendida.)* ¿Trasto... por qué? ¡Nada de eso! Es una apreciación muy gratuita.

PRUDEN. Perdona; pero como demuestra tan poco interés por ti...

MARÍA FER. Porque no quiere dar su brazo a torcer. Pero le gusto... ¡y mucho!... y él me gusta... ¡y mucho!... Y le quiero, mamá... ¡le quiero!... ¡Y mucho!...

PRUDEN. Eso no me parece mal. Al contrario. Así debe ser.

MARÍA FER. Pero no es. Porque él no me dice nada concreto... Y yo tampoco le digo nada concreto... El, porque quiere hacerme sufrir... y yo... ¡porque no puedo! Cuando voy a decirle algo, me entra un ahogo..., una angustia..., ¡una rabia!... Y me azaro, y me hago un lío y acabo por callarme... ¡Y él lo sabe!... Es lo suficientemente listo para comprender que una mujer que no come, ni duerme, ni sosiega, es porque está enamorada.

PRUDEN. O porque padece del estómago.

MARÍA FER. Sí, tómalo a broma, pero acabaré por enfermar..., por volverme loca..., y tendréis vosotros la culpa.

PRUDEN. ¿Nosotros?

MARÍA FER. ¡Claro! Vosotros estáis obligados a evitar que una hija vuestra se muera de pena, de rabia o de tristeza.

PRUDEN. ¿Y cómo?

MARÍA FER. Diciéndole vosotros lo que yo no puedo decirle... ¡Que le quiero como no he querido a nadie! ¡Que no vivo sin él! ¡Que no pienso más que en él!... Y que quiero casarme con él. Porque es muy simpático y muy guapo... y porque entiende de modas más que la Juana *Lanvan*.

PRUDEN. ¡Pero hija mía!...

MARÍA FER. Si no lo hacéis me veréis muy pronto en un manicomio.

PRUDEN. Nos veremos, hija mía. Habrá celda para todos. En fin, hablaré a tu padre y ya veremos si hay algún modo digno de decírselo a Manzano...

MARÍA FER. ¿A Manzano? ¿Para qué?

PRUDEN. ¿No acabas de decirme que no piensas más

que en él y que quieres casarte en seguida con él?

MARÍA FER. Estás chiflada, mamá. Manzano me tiene sin cuidado. Acabo de mandarle una carta despidiéndole como a una vulgar doncella.

PRUDEN. ¿Entonces a quién tenemos que llevar cogido del pescuezo a la Vicaría castrense?

MARÍA FER. ¿A quién va a ser?... ¡A Alvaro, mamá!... ¡A Alvaro!

PRUDEN. ¡Al asistente!... ¿Y quieres que tu padre le diga a su asistente que se case contigo?

MARÍA FER. Sí; que se case. ¡Si lo está deseando, y yo también! Pero como tengo este genio... y soy tan caprichosa y me come el orgullo..., pues tengo que llorar mucho antes de ser feliz. *(Muy mimosa a su madre.)* ¿Verdad, mamá, que yo no soy orgullosa y que no tengo el genio tan insoportable?

PRUDEN. ¿Qué vas a tener, hija mía? ¡Si eres como tu padre! ¡Un merengue!

MARÍA FER. *(Al oír el piano, que toca un alegre «charleston».)* ¡Pero, calla!... ¿No oyes?... ¡Será capaz de estar divirtiéndose con todas!... *(Va a la segunda izquierda y se asoma por el tapiz.)* ¿No lo dije?... ¡Mírale, mamá! ¡Rodeado de esas niñas ridículas y antipáticas! ¿No le ves? *(Habla muy de prisa. Estruja el pañuelo entre las manos, patalea y gimotea.)* ¡Me dan ganas de salir y hacerle que se coma el abanico! *(Su madre la contiene.)* ¿Pero tú toleras eso? ¿Por qué no le mandas a la cocina, que es su puesto? ¡A barrer la escalera! ¿Pero no oyes cómo se ríe?... ¡El muy pretencioso!... ¡Si yo pudiera!... *(Llora francamente.)* ¡Le arrancaría los ojos!... ¡Le clavaría las uñas!... ¡Le pegaría de bofetadas!... ¡Pero no puedo, mamá!... ¡No puedo!... ¡Le quiero tanto... tanto, que no puedo! *(Vase por primera izquierda dando un portazo.)*

ESCENA VII

PRUDENCIA; *después,* PEDROTE. *Luego, el* GENERAL.

PRUDEN. *(Sonriendo filosóficamente.)* ¡Ahora sí que puedes decir que quieres a un hombre, pobre hija mía! ¡Con tal de que sea cierto que él te corresponda!... En fin... veremos lo que dice el General. *(Vase por primera izquierda.)*

PEDRO. *(Entra por el foro con una gran bandeja llena de copas y de botellas con licores, y otra con pasteles, que lleva con excesiva prudencia. Al llegar al centro de la escena, se para. Lleva un parche en la cabeza.)* ¡Menos mal que me quean dos días de mili!... ¡Dos días!... Eso si no me se cae ná de lo que llevo entre manos...; porque me ha dicho la señora que por cá vaso que rompa me queo un mes en la casa. Así es que llevo las bandejas como si llevara el Señó der Gran Podé en Semana Santa. Vamos p'allá. *(Va hacia la primera derecha, casi de puntillas.)* Esto va bien. *(Al llegar a la puerta, sale el General, tropezando con Pedrote. Las botellas y los vasos se tambalean, pero no se caen. Pedrote se lleva el gran susto.)*

GENERAL. ¡Animal!... ¡Vaya un pisotón que me has dado!

PEDRO. Perdone vuesencia, pero... *(Le queda un temblor tan grande, que las botellas y las copas suenan como campanillas.)* ¡Ay, que se me caen tres meses lo menos!

GENERAL. *(Notando lo del parche.)* ¿Qué te ha pasado en la cabeza?

PEDRO. Pues... el recao que me dió la Generala pa el comandante Planas. Ná más decírselo, y ¡pum!... ¡Camará, qué puñetazo!

GENERAL. ¿Pero qué le dijiste?

PEDRO. Pues lo que me mandaron. Que la Generala no ha podido ir hoy; pero que irá mañana

para felicitar al Comandante por haber tenido su señora un niño con otro.

GENERAL. ¡So bárbaro!... ¡por haber tenido su señora otro niño!

PEDRO. ¡Pues es verdá, que ahora caigo! ¡Si soy más bruto!... Gorveré a decirlo bien.

GENERAL. ¡No, por Dios, no! Ya lo arreglaré yo. ¡Cuando las cosas se ponen mal!... ¡Remáuser!... Me acaban de dar tres codillos!... ¡Tres!... ¡A mí!... ¡Al rey de la bola! Bueno, hay días que no debían amanecer. ¡Si no salgo a tomar el aire me da la hidrofobia!... *(A Pedrote.)* ¿Qué llevas ahí?

PEDRO. Pues pasteles... y las bebías que le llevo siempre.

GENERAL. A ver... ¿Qué bebería yo que me refrescara la sangre?... Dame una copa de cualquier cosa... ¡De rayos encendidos!...

PEDRO. *(Que deja las bandejas sobre una mesa.)* Sí, señó. *(Buscando entre las botellas.)* Rayos encendíos... Rayos encendíos... Pues, misté, mi General, los rayos se conose que se los han bebío todos...; pero aquí hay rom... coñac...

GENERAL. *(Sin hacerle caso.)* Sobre todo, aquel solo a copas... ¡Seis de espada, punto y dos fallos!... ¡Seis copas!... ¡Seis!...

PEDRO. Sí, señó, seis. *(Aparte.)* ¡Vaya peana que va a cogé su erselensia! *(Alto.)* Güeno, pero ¿de qué?

GENERAL. De kúmel, estúpido... ¡Una copa de kúmel!

PEDRO. ¡Ah, sí, señó! *(Buscando como antes.)* Kúmel.... kúmel... yo no veo aquí eso... A lo mejor es ésta que no tié etiqueta. *(Toma una de las botellas, sirve una copa y se la ofrece al General.)* Kúmel, mi General. *(El General toma la copa y bebe un poco. Apenas le ha caído en la boca, escupe el líquido como una regadera.)*

GENERAL. *(Haciendo gestos de repugnancia.)* ¿Pero qué me has dado aquí, bandido?

PEDRO. *(Con cara de espanto.)* ¿Qué le habré dao yo?

GENERAL. ¡Si esto sabe a veneno!... ¡Ladrón! .. *(Le tira*

un puntapié a Pedrote, que lo esquiva.) ¿De dónde has traído esta porquería?

PEDRO. Pues de donde se trae siempre... del «Bartolillo Esférico».

GENERAL. ¿De donde me engañaron el otro día con los embutidos? ¡En cuanto coja al dueño, lo estrangulo!... ¡Bandido... miserable!... ¡Dame un poco de agua!... ¡Vivo!,.. *(Pedrote vase corriendo por segunda izquierda, y vuelve a salir en seguida con una botella de agua y un vaso.)*

ESCENA VIII

DICHOS; PRUDENCIA, MARÍA FERNANDA, CHARITO, DON GENARO, DOÑA LUTGARDA *y* ALIPIO.

GENERAL. *(Llevándose el pañuelo a la boca y paseando como una fiera.)* ¿Pero cuándo vendrá el Apocalipsis?... ¿o una tromba?... ¿o un ciclón?.. ¿o siete terremotos?...

PRUDEN. *(Por la izquierda, seguida de* MARÍA FERNANDA.*)* Plácido, ¿qué te pasa?...

GENERAL. Que me parece que me he envenenado con un brevaje que me ha servido Pedrote.

MARÍA FER. ¿Envenenado?...

*(*PEDROTE *vuelve con el agua, que sirve al General.)*

PRUDEN. *(A Pedrote, mientras bebe el General.)* ¿Pero qué ha hecho usted?

PEDRO. Yo, ná, mi Generala. El General, que se ha tomao una copiya de esta botella y paese que le ha caído malamente.

PRUDEN. *(Examinando la botella.)* ¿De ésta? *(La destapa y huele el líquido.)* ¿Pero qué botella ha traído usted aquí?... ¡Si esto es el depilatorio que uso yo!

PEDRO. ¡Mi agüela!... ¿de eso pa quitar el pelo?... ¡Pues anda, que si antes hablaba mal, ahora que no le han quedao pelos en la lengua!...

PRUDEN. ¡Por Dios, que no se entere, porque le mata a usted! *(Dándole la botella.)* Llévese eso a mi

tocador. *(Pedrote vase corriendo con la botella por el foro.)*

MARÍA FER. *(Al General.)* ¿Se te pasa?

GENERAL. ¡Qué porra se me va a pasar!... ¡Si es un gusto a amoníaco!... *(Bebe más agua.)*

CHAR. *(Entrando por el foro, muy contenta.)* Papá, ahí están los señores de Espejo, que quieren hablar contigo.

GENERAL. ¿De Espejo?... ¡Que les pongan un marco!... ¡Que se vayan! No estoy ahora pararecib ir pelmazos. Más agua. *(María Fernanda se la sirve.)*

CHAR. *(Anonadada.)* ¡Dios mío!...

MARÍA FER. Vamos al comedor y tomas un poco de bicarbonato.

GENERAL ¡Lumbre es lo que quiero tomar!

GEN. *(Apareciendo en el foro, del brazo de Doña Lutgarda, su esposa. y seguidos de Alipio.)* ¿Hay licencia?

GENERAL. *(Muy violento.)* ¡Hay narices! *(Probando el agua.)* ¿Pero qué agua es esta?... ¡Si también sabe a amoníaco!...

MARÍA FER. Será tu boca.

GENERAL. ¡Es el agua!... ¡me vais a armar un cólico... remiserere! *(Se vuelve y arroja inadvertidamente el contenido del vaso sobre Don Genaro, que ya ha entrado en escena y que se queda estupefacto. En seguida hace mutis con María Fernanda, por la segunda derecha.)*

GEN. *(Limpiándose la ropa.)* ¡Pero a mí en esta casa siempre me reciben de uñas.!... ¡Yo no vuelvo más!

CHAR. Qué vergüenza!

ALIPIO. ¡Qué plancha!

PRUDEN. Yo les ruego, por Dios, que nos perdonen...; han llegado ustedes en un mal momento.

LUT. Es nuestra especialidad.

GEN. ¿Qué dice?

LUT. *(Gritándole al oído.)* ¡Que hemos llegado en un mal momento!

GEN. ¿Pero en esta casa cuándo es un buen momento, caray?

PRUDEN. Tenemos un gran disgusto... Aquí, mi hija *(por Charito)* les explicará... les atenderá... les obsequiará... Pasen ustedes por aquí. *(Indicando la puerta del salón.)*

CHAR. Sí, yo que no sé lo que ha ocurrido les explicaré... *(Invitándoles a pasar.)*

PRUDEN. Pueden ustedes tomar el té, mientras tanto... y licores... Aquí tienen una gran variedad... *(Toma la bandeja de los licores y se la da a Charito.)* Y pasteles... tomen ustedes pasteles... *(Le da la bandeja de los pasteles a Don Genaro.)*

GEN. ¡Ca!, yo no tomo esto... que son de mi pastelería.

PRUDEN. *(Empujándoles hacia el salón.)* Además, pueden bailar el «charleston», si les gusta.

CHAR. *(Empujándoles también.)* Vengan ustedes. *(Alvaro sale del salón y sostiene el tapiz, mientras pasan Don Genaro, Doña Lutgarda, Alipio y Charito. Don Genaro hace el mutis con la bandeja de los pasteles en la mano.)*

ALIPIO. *(Al salir.)* ¡También es pata la mía!

PRUDEN. ¡Qué oportunos!

ALVARO. ¿Le ha pasado algo al señor?

PRUDEN. Nada. Que ha bebido depilatorio. ¿Usted no ha bebido nunca depilatorio? Pues creo que sabe muy mal. *(Vase por la segunda derecha.)*

ESCENA IX

ALVARO; *en seguida* MANZANO, *Después,* MARÍA FERNANDA.

ALVARO. *(Que no ha entendido una palabra.)* Esta señora se ha perturbado.

MANZA. *(En la puerta del foro. Asoma la cabeza y entra decidido.)* ¡Hola!

ALVARO. ¿Tú?...

MANZA. Yo, sí. *(Trae en un ojo una fuerte erosión)* ¿Dónde está Mary?

ALVARO. En este momento no lo sé.

MANZA. Necesito verla. ¡Pero ahora mismo!... ¡En seguida!

ALVARO. Mucha prisa traes.

MANZA. ¡Como que vengo corriendo!... ¡Ahogado!... ¡Asfixiado!... Acabo de recibir una carta suya dándome unas calabazas de arroba.

ALVARO. ¡Caramba, cuánto me alegro! ¡Que sea enhorabuena!

MANZA. ¿Qué dices?

ALVARO. ¿No era lo que estabas deseando?

MANZA. ¿Qué?

ALVARO. Terminar las relaciones.

MANZA. Eso era antes de empezarlas. Ahora necesito que me dé explicaciones de su conducta...; enterarme de la causa de esta resolución.

ALVARO. Yo puedo anticiparte algo.

MANZA. ¿Tú?

ALVARO Sí. Mary se ha enterado del escándalo que armaste el domingo en el Frontón, por defender a una modistilla que iba contigo.

MANZA. ¿Que se ha enterado?... ¿Quién habrá sido el bocón que le ha ido con el cuento?

ALVARO. Pues el bocón ese... he sido yo.

MANZA. ¿Tú?

ALVARO. He cumplido lo que te prometí hace algún tiempo.

MANZA. ¿Que tú me habías prometido?

ALVARO. Acuérdate. Cuando por evitarte ir a una prisión te hice novio de Mary, me exigiste tú mismo que ella había de darte calabazas. ¡Y te las ha dado! He cumplido el encargo de la única manera que me ha sido posible.

MANZA. ¡Pues me has partido por el eje!

ALVARO. ¿A lo mejor te has enamorado seriamente de María Fernanda?

MANZA. ¡Locamente!... ¡Como un animal!... ¡Como un cadete!

ALVARO. ¿Tú también?

MANZA. *(Que se da cuenta.)* ¿Cómo también?... ¡Ah!... ¡Ya entiendo!... ¡Me has hecho una faena de pocero! ¡Me has quitado la novia!

ALVARO. ¡Perico!...

MANZA. ¡Claro!... Entre un pobre teniente como yo, y un asistente como tú, la elección no es dudosa. Se ha decidido por el asistente.

ALVARO. Te juro que yo no tengo nada que ver con la señorita.

MANZA. ¡Ah, pero te aseguro que te dejaré por embustero. No podrás comprobar que fuí yo el del domingo en el baile del Frontón. Y delante de ella confesarás tu ligereza.

ALVARO. ¿Sí?

MANZA. Naturalmente.

ALVARO. Yo no puedo confesar una cosa que no es cierta.

MANZA. ¿Que no?

ALVARO. No.

MANZA. ¡Te lo mando!... ¡Te lo exijo!...

ALVARO. *(Agresivo.)* ¡Perico!...

MANZA. *(En igual tono.)* ¡Alvaro!... ¡Obedecerás!... ¡Ya lo creo que obedecerás!

ALVARO. *(Cuadrándose militarmente.)* ¡A la orden!

MARÍA FER. *(Entrando por segunda derecha.)* ¿Qué pasa?

MANZA. Me alegro que llegues. Estaba reprendiendo a tu asistente, que ha cometido una ligereza imperdonable.

MARÍA FER. ¿Alvaro?

MANZA. Alvaro, sí. Te ha contado que fuí yo el de la pelea del domingo en el Frontón, y no es verdad.

MARÍA FER. Alvaro no me ha contado semejante cosa. Al contrario. Al enterarse papá de que un oficial había sido la causa de semejante escándalo, sin saber que eras tú, se puso como una fiera, y fué entonces el mismo Alvaro quien quitó importancia al suceso y hasta consiguió que mi padre le perdonase.

MANZA. *(Que se queda mirando a Alvaro.)* Entonces...

MARÍA FER. Y papá nos lo prometió a los dos, porque yo también abogué por tu libertad. No he querido privar a tu modista de que te vea en tanto tiempo.

MANZA. Te aseguro, Mary, que yo no estuve el domingo en el Frontón.

MARÍA FER. Espera. *(Se acerca a él y le mira los ojos.)* ¡Cómo te pusieron el ojo!... ¡Qué barbaridad!... Te harían mucho daño, ¿verdad?

MANZA. *(Tapándose el ojo averiado con la mano.)* ¡Me ha perdido la niña!

MARÍA FER. *(Irónica.)* Cuídate. Los puñetazos en los ojos son muy peligrosos... Y procura buscar modistas que no sean tan castizas y te pongan en el disparadero. Que luego somos nosotros los que tenemos que echarte un cable. *(Tendiéndole la mano.)* Adiós.

MANZA. Pero... escúchame...

MARÍA FER. Adiós.

MANZA. Está bien. Adiós, María Fernanda.

MARÍA FER. Pásalo bien.

MANZA. Adiós, Alvaro.

ALVARO. *(Cuadrándose.)* A la orden. *(Vase Manzano por el foro. Pausa. Alvaro va hacia María Fernanda con alguna vehemencia.)* ¡Gracias, señorita Mary!

MARÍA FER. ¿Por qué?

ALVARO. Por haber salido a mi defensa de esa manera.

MARÍA FER. Algo he de hacer por mi servidumbre. Son cosas mías... que aunque tengo este genio...

ALVARO. Ese genio que la hace tan adorable.

MARÍA FER. Sí, pero es lástima que sea tan orgullosa y tan caprichosilla...

ALVARO. ¡Perdóneme!

MARÍA FER. ¿A usted?... Si acaso, perdonaría al otro asistente que sirvió en casa.

ALVARO. No hay tal asistente. Fuí yo el de los elogios y las censuras... pero le aseguro que sólo hablé con el corazón.

MARÍA FER. ¡Ah! ¿Fué usted?...

ALVARO. Del mismo modo que la amiga que me juzgaba en el cuarto de costura...

MARÍA FER. No se equivoca. Era yo.

ESCENA X

DICHOS. *El* GENERAL *y* PRUDENCIA, *por segunda derecha.*

ALVARO. Entonces... María Fernanda... si usted me autorizara y yo me atreviese, la diría...

MARÍA FER. ¿Qué? *(El General y Prudencia, desde la puerta, oyen todo lo que sigue.)*

ALVARO. *(Acercándose más y apasionadamente.)*
«Cuando el aire que salga de ese abanico
el nácar de tu rostro bese indiscreto,
la adoración inmensa que te dedico
ha de decirte el aire muy en secreto...»

GENERAL. *(A Prudencia.)* ¡Cáscaras!... ¿Pero esto qué es?...

PRUDEN. ¡Calla!...

MARÍA FER. *(Mirando el abanico que ha abierto.)* Perdone usted, señor poeta, pero aquí no dice «adoración inmensa», sino «admiración rendida».

ALVARO. Un error de copia. No haga caso de lo que diga el abanico... hágame caso a mí... ¡A mí, que estoy loco por esa cara... por esos ojos...!

MARÍA FER. *(Indicándole lo escrito en el abanico.)* ¡Prohibido el piropo! Usted lo dice.

PRUDEN. *(Conteniendo al General, que quiere avanzar.)* ¡Espera, hombre!

GENERAL. ¡Caray, que es mi asistente... y esto relaja la disciplina! *(Tose.)*

MARÍA FER. *(Volviéndose.)* ¡Papá! *(Le abraza.)*

GENERAL. *(Muy cariñoso.)* ¡Hija mía!

PRUDEN. Alvaro...

ALVARO. Señora...

PRUDEN. Vaya al salón de té, y dígale... aguarde... *(Al General.)* ¿Se te ha pasado la rabieta?

GENERAL. Sí, mujer, sí... ¡después de lo que me has dicho y lo que veo!...

PRUDEN. ¿De modo que estás de buen humor?

GENERAL. Lo estoy.

PRUDEN. *(A Alvaro.)* ... Dígale a mi hija Charito que

venga aquí con los señores de Espejo. *(Alvaro vase por el salón.)*

GENERAL. ¿Y quiénes son los señores de Espejo?

PRUDEN. Ahora lo sabrás.

MARÍA FER. ¡Papaíto!... ¡Estoy muy contenta!... ¡Pero mucho!... ¡Me quiere!... ¡Me lo ha confesado!...

GENERAL. Ya lo he visto, hija mía.

MARÍA FER. ¿Que lo has visto?

GENERAL. ¡Qué quieres!... Alguna vez se tenía que dar el caso de que un General le llevara la cesta a su asistente.

MARÍA FER. Seré muy feliz, papá. Me da el corazón que he de ser muy dichosa.

GENERAL. Así sea. El muchacho me gusta. Es simpático, inteligente..., de una moralidad absoluta..., nada de trapicheos..., ningún antecedente peligroso...

PRUDEN. Uno de esos raros muchachos que no la han corrido.

ESCENA XI

DICHOS. PEDROTE, *con una cesta grande en las manos. Entra por el foro.*

PEDRO. ¿Se puede?

GENERAL. ¿Qué quieres?

PEDRO. Con permiso. *(Entra.)* Pues este regalo que acaban de traer pa su Erselensia.

GENRAL. ¿Un regalo?...

PEDRO Sí, señó. Eso me ha dicho la mujer que me lo ha dao. «Entréguele al señor General este encargo. Es un regalo pa cuando se case con su hija.»

GENERAL. ¿Cómo cuando me case con mi hija?

PEDRO. ¡Ah, no zeñó!... perdone...; pa cuando se case su hija.

GENERAL. Con otro.

PEDRO. *(Indicando el chichón que lleva.)* No zeñó. Eso de con otro no lo vuelvo yo a decir ni

en broma. Güeno, pues me lo ha dejao y se ha dío corriendo como una corza.

GENERAL. ¿Sin esperar la contestación?

PEDRO. Sin esperar ná, no señó.

MARÍA FER. ¿Para mí?... ¡Qué curiosidad!

PRUDEN. No habéis hecho más que formalizar las relaciones y ya os mandan hasta regalos.

MARÍA FER. ¿Qué será?

GENERAL. Ahora lo veremos. Por la cesta parece algo de comer.

PEDRO. Yo, más bien creo que es un gato.

GENERAL. ¿Un gato?...

PEDRO. A mí me ha paresío oír mayar por el camino.

GENERAL. Vamos a ver. *(Destapa con cuidado la cesta. Todos se agolpan alrededor del General. De pronto da un respingo de sorpresa.)*

PRUDEN. ¿Qué es?

GENERAL. ¡Repollo!...

PRUDEN. ¿Cómo?... ¿Verduras?...

GENERAL. No, señor... carne... ¡Mirad!... *(Saca de la cesta una criatura envuelta en modestos pañales.)*

MARÍA FER. ¡Una criatura!

PRUDEN. ¡Un niño!

PEDRO. *(Aparte.)* ¡La Osa Mayor!

MARÍA FER. ¿Pero de quién es?

GENERAL. De su madre. ¿Quién ha traído esto?

PEDRO. Ya le digo que una mujer de unos veinticinco años... guapota... así como de pueblo.

GENERAL. Esto es alguna equivocación... ¡Corre a ver si alcanzas a esa mujer!

PEDRO. ¡Mu lejos irá ya!... *(Vase corriendo por el foro.)*

MARÍA FER. Aquí dentro hay un papel, papá,..; míralo.

GENERAL. Tráelo, hija mía. Toma. *(Le da a María Fernanda la criatura.)*

MARÍA FER. ¡Angelito!... ¡Y está dormidito... o dormidita... que aún no sabemos...

GENERAL. Es una carta. *(Leyendo el sobre.)* «Para el señor General Cachano.» ¡Pues es para mí!

MARÍA FER. A ver, a ver lo que dice. Ten, mamá, un momento. *(Da el niño a su madre.)*

GENERAL. *(Abriendo el sobre de la carta con cierta nerviosidad.)* ¡Caray! ¡Me ha puesto nervioso esto... *(Lee.)* «Señor General. Como dicen que tiene usté ese genio tan violento, que hasta muerde usté a la gente, no me atrevo a ponerme delante de usté en *presona* pa decirle lo que le digo en estas cortas líneas. Dispensé el mal rato que voy a dar a Su Eminencia y a su distinguida familia. Pero enterada de que su hija tiene relaciones formales con cierto señorito sinvergüenza llamao Pérez, que me ha engañao, como puede ver Su Ilustrísima por la adjunta prueba, le envío esa criatura que es del *seso* masculino, como podrá ver Su Señoría, si le mira con cuidao, pa que el futuro marido de su hija, u séase el canalla de Pérez, le eduque y le saque adelante. Con el dineral que su padre tiene en un Banco, podrá hacerlo cómodamente. Yo no tengo que comer, y ese angelito no es culpable de haber venido al mundo de esta forma tan fea. Suya, que lo es, *Dorotea López.*»

MARÍA FER. *(Anonadada.)* ¡Qué horror!...

GENERAL. ¡Pobre hija mía!

PRUDEN. ¡Qué infamia!

MARÍA FER. ¿Pero estoy soñando?... ¡Y es él, no hay duda!...

GENERAL. Bien claro lo dice... Pérez... Su padre un dineral en un Banco...

MARÍA FER. ¡Qué felonía!... ¡Nos ha engañado!... ¡Tenía un hijo con una de ese gremio que tanto le gustaba!...

PRUDEN. ¡Cálmate, hija mía... cálmate!... Nada de escándalos ni gritos... Que no se enteren nuestros invitados... ¡Cómo nos iban a poner si trascendiera esta vergüenza!

GENERAL. *(Con gran indignación.)* ¡Engañados como unos chinos!... ¡Por el asistente!... ¡Qué humillación!... ¡Es un insulto de obra a un superior!... ¡Y qué obra!... ¡Le formaré juicio sumarísimo!... ¡Le fusilaré!...

PRUDEN. *(A su hija, que muestra su nerviosidad sollozando.)* ¡Vamos, hija mía!... ¡Serenidad!... Peor era que lo hubiese tenido después de casado... *(Al General.)* Ten aquí, que voy a llevarme a la niña... está muy afectada...

GENERAL. ¿Pues y yo? *(Coge el niño y pasea con él nerviosamente.)*

MARÍA FER. *(Llorando.)* ¡Yo no me merezco esa iniquidad!... ¡No me la merezco!...

PRUDEN. Es verdad, hija; pero ¿qué quieres?... Son cosas que no hay más remedio que sufrirlas... Anda... anda... *(Hacen mutis por la izquierda.)*

GENERAL. Como General, le pasaré por las armas... Y como padre burlado le como los hígados... ¡Y le hago comerse el chico!...

ESCENA ULTIMA

DICHOS. *Por segunda izquierda, los señores de* ESPEJO, *con* CHARITO *y* ALVARO.

GENERAL. *(Paseando y accionando con el chico como una fiera.)* ¡Vamos, que salirse ahora con esta birria de niño! ¡Estas cosas no le pasan a nadie más que a mí!

LUT. *(Entrando con los demás. A Alvaro.)* ¿Dice usted que ahora está en un buen momento?

ALVARO. Así parece.

GENERAL. ¡Fuego de Dios!... ¡Es que me enredaba a tiros con cualquiera!...

ALIPIO. ¡Aguanta!...

CHAR. ¡Dios mío!... ¡Si no se le ha pasado!...

GENERAL. ¿Por qué no se hundirá la Creación?

ALIPIO. *(Muerto de miedo.)* Volveremos otro día... Vámonos... por aquí...

CHAR. Sí, mejor será...

GEN. ¿Qué? ¿Está abordable?

LUT. ¡No, no!... ¡Vámonos!...

GEN. ¿Pero qué hace con ese niño?

LUT. ¡Vamos, que te lo tira!

ALVARO. *(Empujándolos también hacia el foro.)* Sí, sí. Ya volverán en otra ocasión.

LUT. Eso... otro día... el año que viene... *(Vanse, precipitadamente, por el foro, todos, menos Alvaro.)*

GENERAL. *(Viendo a Alvaro.) (Aparte.)* ¡Bandido!... *(Mirando al niño.)* Y el crío tiene toda la cara de su padre.

ALVARO. *(Extrañado al ver al General con el niño en brazos.)* Mi General... ¿Necesita usted algo?

GENERAL. *(Mirándole como si se le fuera a comer.)* ¿Qué... si... necesito algo? ¡Tenga usted esa criatura! *(Le da el niño.)* Supongo que sabrá usted cumplir con su deber.

ALVARO. Sí, señor.

GENERAL. Mañana se licencia usted y hablaremos despacio... ¡Muy despacio! *(Va hacia la puerta de la izquierda, dejando a Alvaro sorprendidísimo. Al llegar a la puerta se vuelve y dice.)* ¡Pero muy despacio!...

ALVARO. Mi General... ¿qué debo hacer con este niño?

GENERAL. ¿Todavía tiene usted valor de preguntarme su obligación? ¿Qué debe usted hacer? ¡Criarlo! *(Vase.)*

ALVARO. *(Asombrado.)* ¡Caray!... ¡De esto sí que no he hecho prácticas todavía!

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Cuerpo de Guardia, en el cuartel del Regimiento de Caballería. Una puerta a la izquierda, con mampara, que comunica con el vestíbulo. Otra puerta, en arco, en primer término derecha que se suponga la Sala de Estandartes y de visitas. Otro arco en la derecha, en segundo término, con un corredor que comunica con las habitaciones interiores.—Una puerta al foro con una terracita que da a uno de los patios del cuartel, viéndose al foro los pabellones de éste. En escena divanes y sillones cómodos. Una mesa de despacho con sillón y útiles en segundo término izquierda. Una caja de caudales, grande. Una mesita con copitas de licor y periódicos. Sillas. Un teléfono. Cuadros con retratos de generales antiguos y de hechos de armas históricos. Dos panoplias de armas. Un reloj de pared. Un cuadro llavero con varias llaves.

ESCENA PRIMERA

El ORDENANZA, *con un plumero en la mano y subido en una silla, limpia el polvo a uno de los retratos que adornan la pared. El* TENIENTE VILLARES, *que está de guardia, dormita en uno de los divanes.*

ORDEN. ¡El último día que tengo el honor de limpiarle el polvo a Su Excelencia! *(Hablándole al cuadro.)* ¡Y no se quejará usted, que lo he tenío bien limpito!... ¡Hasta lo he fregao y tó!... Pero otro vendrá que lo echará en lejía... *(Mirando al reloj.)* ¡Qué ganas tengo de que lleguen las once!... A esa hora, el Ge-

neral nos dará la licencia... ¡y a casa! ¡Y menúa fiesta que nos tién prepará!... ¡La despedía del soldao! Ahora nos dicen adiós con música y rancho extraordinario... ¡Y señoras que van a venir a vernos marchar y vernos comer! ¡Vaya postín!

VOZ. *(Fuera, que se supone es del centinela.)* ¡Guardia!... ¡A formar!

ORDEN. Algún pez de los gordos que llega. *(Se baja de la silla. Se abre la mampara y asoma la cabeza el Cabo de guardia. No hace falta que se le vea el cuerpo.)*

CABO. ¡El señor Coronel!

ORDEN. ¡Mi abuela!, y falta cerca de una hora para la formación... *(Va al diván donde dormita el oficial de guardia.)* ¡Mi Teniente...! ¡Está como un tronco!... ¡Mi Teniente!...

VILLARES. ¿Qué ocurre?...

ORDEN. El señor Coronel.

VILLARES. Que pase. *(Sigue durmiendo.)*

ORDEN. ¡Ná, que está Roque!... ¡Mi Teniente... que llega el Coronel!

VILLARES. Bueno, ya voy...

ORDEN. Es que viene con el General...

VILLARES. *(Dando un respingo, se pone en pie.)* ¿Eh?... ¿El General?... ¿Has dicho el General?... *(Adormilado, empieza a mirar por todas partes, incluso debajo de los sillones.)*

ORDEN. No los busque usté por ahí, que entoavía no han llegao.

VILLARES. ¡Si es mi gorra!... Que no sé dónde he puesto mi gorra.

ORDEN. Pues en tó lo alto de la cabeza la tiene usté.

VILLARES. *(Se lleva las manos a la cabeza y se convence.)* ¡Es verdad!... ¡Estoy dormido!... *(Sale dando trompicones por la puerta de la mampara. Al salir, dice con voz de mando.)* ¡Guardias!... ¡Firmes!...

ORDEN. La de todos. La víspera de la guardia se pasan por ahí toa la noche de jarana y aluego todo el día castigando un diván. *(Suenan*

los tres puntos dados por el trompeta.) ¡El amo!... ¡Qué buena persona es!... ¡Si fueran todos lo mismo me quedaba de ordenanza perpetuo!

ESCENA II

ORDENANZA, VILLARES, *el* CORONEL RIVERA, *el* CORONEL FRESNO.

RIVERA. *(Abriendo la mampara.)* Pase usted, mi Coronel. *(Entran ambos de uniforme, seguidos de Villares.)*

FRESNO. *(Entrando.)* Muchas gracias. *(A Villares.)* ¿Dice usted que no ha venido el Teniente Manzano, de mi Regimiento?

VILLARES. No, señor. No han venido más que los oficiales de servicio, que están por los escuadrones preparando la formación. Ahora avisaré al Capitán de día.

RIVERA. Que sigan los actos... Tenemos que hablar el Coronel y yo. Y en cuanto llegue ese Oficial, hágale pasar aquí.

VILLARES. Está muy bien. ¿Quiere usted algo más?

RIVERA. Nada, Villares.

VILLARES. A la orden. *(Hace mutis por la izquierda.)*

ORDEN. *(Aparte.)* Aquí estorba uno, que soy yo. *(Vase por el corredor de la derecha.)*

RIVERA. Sentémonos, mi Coronel. *(Lo hacen.)*

FRESNO. ¿De modo que sus gestiones han fracasado también?

RIVERA. Completamente. He realizado cuantas me han sido posible, para averiguar quién es el padre de ese niño, pero sin resultado. No me han servido más que para descubrir a los oficiales solteros que han dejado algún rastro amoroso por el mundo... Y no nos sirve ninguno. Aquí tengo la lista. *(Saca un pequeño papel.)* Vea usted. El capitán Castro tiene una niña de cuatro años... Reconocida. El médico, unos gemelos. Supongo que tratándose del médico

los habrá reconocido también. El teniente Alonso tiene un niño, pero en la provincia de Jaén. Y el padre capellán tiene...

FRESNO. ¿También?...

RIVERA. ...Tiene la seguridad de haber bautizado hace tres meses a un niño cuyo padre ocultó su nombre.

FRESNO. Este, seguramente.

RIVERA. No. He averiguado que el padre era el Fiscal de la Audiencia. Que tampoco nos sirve, porque ni se llama Pérez ni ha sido novio de María Fernanda.

FRESNO. Es casado.

RIVERA. Por eso no ha sido novio.

FRESNO. La única esperanza que nos queda es que la criatura sea de Manzano... Que ése sí que reúne todas las condiciones que pone la carta. Su padre es muy rico.

RIVERA. Pero no se llama Pérez.

FRESNO. Es que yo a eso de Pérez no le concedo gran importancia. Puede ser un apellido supuesto dado por el seductor, para evitarse ulteriores disgustos.

RIVERA. No sería extraño. Pues la única esperanza es Manzano, sí, señor. Si nos falla, estamos perdidos. Porque Alvaro sigue afirmando que el niño es suyo.

FRESNO. Eso no puede ser... ¡es imposible!...

RIVERA. Tanto como imposible...

FRESNO. Es que aunque lo fuera... Hay que convencerle de que está confundido. Buscar otro padre... ¡Cualquiera menos él! Todo menos que sus relaciones con la hija del General se rompan definitivamente.

RIVERA. Tiene usted razón. Hay que arreglar a esos chicos o emigrar. Mis oficiales me lo han pedido casi por instancia. Y están dispuestos incluso a presentarse de padres voluntarios.

FRESNO. Igual que los míos. Y es natural, porque la situación resulta insostenible. Mientras Alvaro sirvió en casa del General, esta guarnición era

una balsa de aceite. El muchacho es muy simpático y se hizo allí el amo, como vulgarmente se dice. La Generalita creyó haber encontrado en él el novio que soñaba, y la alegría que esto le produjo dulcificó su carácter. Como el padre está dominado por ella, mejoró el suyo también, y los beneficios de tal situación los recogimos nosotros. El servicio cómodo, los calabozos vacíos... ¡un edén!

RIVERA. En cambio ahora, el General está peor que nunca. En las pocas horas que han transcurrido desde el suceso de su casa, ha mandado arrestados al cuartel un oficial, un sargento y cuatro soldados. Me ha enviado dos oficios con dos chillerías, y me ha pedido seis asistentes... ¡A uno por hora!... Aquí tenemos el calabozo atestado. Además de los que había presos por orden suya, ingresaron ayer los protagonistas del hecho. Alvaro, Pedrote y el niño.

FRESNO. ¿Los tres?

RIVERA. Los tres. El primero en calidad de ejecutor, el segundo como encubridor y el chico como pieza de convicción.

FRESNO. ¡Angelito!... ¡Es capaz de formarle juicio sumarísimo por haber venido a este mundo!

RIVERA. Así no podemos vivir. Hay que hacer algo antes de la despedida de los licenciados o unirnos al grupo de los que se van a su casa.

VILLARES. *(Entrando.)* Mi Coronel...

FRESNO. ¿Ha llegado Manzano?

VILLARES. En este momento.

FRESNO. Hágale pasar en seguida. *(Sale a su encuentro.)* *(Vase Villares.)*

ESCENA III

DICHOS; *el* TENIENTE MANZANO.

RIVERA. *(Levantándose.)* Ya está ahí. *(Dirigiendo una mirada al cielo.)* ¡Santiago, patrón de los jinetes: Si este hombre no ha tenido nunca des-

cendencia, apiádate del quinto Regimiento de Caballería!

FRESNO. Pase usted, Manzano, pase usted.

MANZA. *(Entrando.)* A sus órdenes, mi Coronel. *(Saluda al Coronel Rivera.)*

RIVERA. ¿Qué tal, Manzano? ¿Cómo le va?

MANZA. Regular, nada más que regular.

RIVERA. Como a todos. Siéntese.

MANZA. Muchas gracias. *(Lo hacen los tres.)*

FRESNO. Habrá usted recibido una orden mía...

MANZA. Sí, señor. Para que me presentara a las diez en este cuartel.

FRESNO. Sí; la cosa no es grave, pero sí de la suficiente importancia para hacerle venir tan urgentemente. Se trata de una pregunta que queremos hacerle y que esperamos nos contestará con toda lealtad.

MANZA. Cuente usted con mi sinceridad más absoluta, mi Coronel.

FRESNO. Así lo espero. Pues bien, deseamos saber si alguna de sus frecuentes aventuras amorosas ha tenido mayor transcendencia que la corriente en noviazgos con modistas, planchadoras y doncellitas de categoría, que son, por lo general, las más cultivadas por usted.

MANZA. *(Algo sorprendido.)* ¿Mayor transcendencia?...

RIVERA. Sí. Consecuencias de esas que se expone usted a que un día salga cualquier pequeño llamándole papá por la calle.

MANZA. Comprendido. *(Vacilante.)* Pues...

FRESNO. ¿Qué?

RIVERA. ¿Qué? *(Los dos muy impacientes.)*

MANZA. Sí, señor, mi Coronel. Lo confieso... yo... debo ser padre.

RIVERA. *(Sin poder contener su alegría.)* ¿Padre?... ¡Caramba!... ¡que sea enhorabuena! *(Lo abrazan)* ¿Una vez o más?...

MANZA. Una.

RIVERA. *(Sacando el papelito de antes y un lapicero.)* ¿Sexo?

MANZA. No lo sé.

FRESNO. ¡Eso sí que es raro!

MANZA. Antes de nacer mi hijo desapareció la madre de mi lado y no volví a saber más de ella. Yo quise remediar aquella falta noblemente... Indagué, escribí, busqué... ¡Nada! Ni un dato, ni una carta, ni una noticia... ¡Nada!... Por eso digo que no sé si soy padre de un niño, de una niña, ni si vive o murió.

RIVERA. Es niño. Y vive. *(Apunta en el papel y se le guarda.)*

MANZA. ¿Cómo?... ¿Usted le conoce?...

RIVERA. ¡Ya lo creo!... ¡Más hermoso y más guapo!... ¡Y más parecido a usted!... Puede usted estar orgulloso de él... ¡Bravo chico! Dentro de un momento le conocerá usted.

MANZA. ¿Está aquí?

RIVERA. Sí, señor. En el calabozo.

MANZA. ¿En el calabozo?... ¡Pero si mi hijo es muy pequeño para hacer nada malo!...

RIVERA. Cosas del General. Está incomunicado. *(Se levanta, va a la puerta y se asoma a ella.)* ¡Villares! ¡Villares! *(A Manzano.)* Ahora se lo traerán a usted.

FRESNO. Le advierto que no ha caído en malas manos, y se lo habrán cuidado con esmero.

ESCENA IV

DICHOS; VILLARES. *Después* ALVARO *por el foro.*

VILLARES. *(En la puerta.)* Mi Coronel...

RIVERA. Haga salir del calabozo al soldado Alvaro Pérez, a Pedrote y al chico que tienen en su poder... Y que esperen a que yo les llame.

VILLARES. Muy bien. *(Cruza la escena y sale por el foro.)*

FRESNO. ¡No sabe usted la alegría que nos ha producido esa confesión de su pasado. Sus compañeros le darán a usted un banquete de agradecimiento.

RIVERA. *(Que ha llamado al teléfono y está esperando en él.)* ¡Pues verá usted en cuanto se entere

María Fernanda, que está esperando la noticia con el resultado de nuestra conferencia!... ¡Se vuelve loca!

MANZA. No comprendo esa alegría de todo el mundo...

FRESNO. Pues es muy lógica. Su hijo devuelve la tranquilidad a toda una guarnición, sin saberlo... ¿Le parece a usted poco?

MANZA. Me parece muy bien, mi Coronel... Pero... si lo entendiera me parecería aún mejor.

RIVERA. *(Hablando en el teléfono.)* ¿Es el Gobierno Militar?... Aquí el cuartel de Caballería... Avisen a la señorita María Fernanda... ¡Ah!... ¿es usted?... *(A Manzano y Rivera.)* Esperaba sin duda... *(El al teléfono.)* Sí. Hay noticias... Y muy gratas.... El señorito sinvergüenza, novio de usted y padre de la criatura, ha aparecido.

MANZA. Ese señorito sinvergüenza soy yo, por lo visto.

FRESNO. ¡Claro, hombre, claro!

RIVERA. Puesto que van ustedes a venir a la fiesta del Soldado, será mejor que anticipen la visita y le daremos más datos. Así, cuando venga el General estará todo arreglado... Desde luego... la espero... A sus pies. *(Cuelga el aparato.)* Lo dicho. En cuanto ha oído la grata nueva ha dado un suspiro de satisfacción que me ha hecho cosquillas en el oído. Y estará aquí dentro de dos minutos... Lo que yo me esperaba. ¡Gracias a usted, amigo Manzano!

FRESNO. Y a ese pequeño, que sin darse cuenta, es nuestra salvación.

MANZA. *(Aparte.)* Cada vez lo entiendo menos.

VILLARES. *(En la puerta del foro.)* Aquí están los presos, mi Coronel.

RIVERA. Que pase el soldado Alvaro solo. Veremos si se atreve a insistir en la manía de que el chico es suyo. Entre, entre...

ALVARO. *(Entrando por el foro, vestido de soldado.)* A la orden de usía.

RIVERA. Avance. *(Alvaro lo hace.)* Vamos a ver. Le he

llamado a usted para que una vez más me diga de quién es el chico que tiene usted en su poder.

ALVARO. Mío, mi Coronel.

RIVERA. ¡Conque suyo! ¿Está usted seguro?

ALVARO. Sí, señor.

RIVERA. Mire bien lo que dice. ¿Suyo?

ALVARO. Mío, sí, señor.

RIVERA. Si trata usted de ocultar la falta de cualquiera otra persona, he de decirle que lo he descubierto todo. Si lo que hace usted es engañarme, tenga en cuenta las consecuencias. *(Indicando a Manzano.)* Aquí tiene usted al padre de esa criatura.

ALVARO. *(Asombrado.)* ¡Manzano!... ¿Tú?...

MANZA. Por lo visto se trata de mi hijo.

RIVERA. *(A Alvaro.)* ¿Qué dice usted ahora?

ALVARO. Que el teniente Manzano se ha confundido, indudablemente. El niño no es suyo. Es mío.

RIVERA. ¡Basta! ¿Tiene usted valor para insistir?... ¡Esa criatura es de Manzano, porque lo mando yo! ¡Y hemos terminadoi ¡No faltaba más! Si usted se empeña en tener otro, lo alquila o lo saca de la Maternidad. Pero éste se lo lleva Manzano ahora mismo. A ver.... Pedrote...; que pase Pedrote con el chico... *(Villares le hace pasar.)*

ESCENA V

DICHOS; PEDROTE *por el foro.*

PEDRO. ¡A la orden! *(Entra llevando en brazos al niño, que viene vestido con un pañal muy largo, un gorro de Caballería y lleva un biberón en la mano.)*

RIVERA. *(Al ver al niño con el pañal que le arrastra.)* ¿Pero qué lleva puesto ese niño en lugar de pañal?

PEDRO. Como sabíamos que le quería ver usía, le hemos mudao de limpio y le hemos puesto lo

único que teníamos a mano: Una sábana de mi camastro. Le está una miajilla fuera de moda, pero...

RIVERA. ¿Y ese gorro?

PEDRO. Es del trompeta Peláez, que está con nosotros.

RIVERA. ¡Cuando yo decía que el chico había caído en buenas manos! Perdone usted la presentación, amigo Manzano. Aquí tiene usted a su hijo.

MANZA. Mi Coronel... tiene razón Alvaro... Este niño no es hijo mío.

RIVERA. ¿Eh?...

FRESNO. ¿Qué dice usted?

MANZA. Que yo tenía un hijo, pero debe estar ya estudiando el grado de Bachiller, porque hace lo menos siete años que lo tuve.

RIVERA. *(Consternado.)* ¡Nos mató!

FRESNO. ¡Nos partió por el eje!

MANZA. Fué a poco de salir de la Academia... Cuando fuí destinado a Ceuta.

RIVERA. ¡Un niño moro!

MANZA. Cristiano, como su madre.

RIVERA. Este también lo es. ¿Qué más le da que su hijo tenga siete años o siete meses? El caso es tenerlo. Se lleva éste y todos tan contentos.

MANZA. ¿Qué hago yo con un chico tan chico?

RIVERA. Le advierto que gasta muy poco... Pero, en fin... *(A Alvaro.)* No cabe duda que el chico le pertenece... Ya me extrañaba a mí que engañara usted a su Coronel tan descaradamente... Está bien. ¿Qué le vamos a hacer, si la cosa no tiene remedio? Siento decirle a usted que seguirá en prisión hasta que reciba orden en contrario.

ALVARO. Lo que usía ordene, mi Coronel.

MANZA. *(Aparte.)* De manera que si el chico es mío me dan un banquete, y si es de Alvaro le manda a la cárcel... Sigo sin entenderlo.

PEDRO. *(Con cara de compungido.)* ¿Y el chavea va a seguir incomunicado, con permiso de usía?

RIVERA. El chavea y tú estáis en libertad.

PEDRO. ¿En libertad?... Es desir, ¿que me puedo dir a mi casa en cuantito que me den la lisensia?

RIVERA. Claro.

PEDRO. ¡A mi casa!... ¡A ver a mi vieja... y a cuidar la miaja de huertesilla que tenemos!... *(Al niño.)* Tú, mocoso... ¡no va a ser juergaso ni ná el que vamos a correr los dos esta tarde!

ALVARO. *(Al Coronel.)* Mi Coronel, deseaba hacer una súplica. Como aun no tienen dispuesto lo que ha de hacerse con el niño, podían dejarlo conmigo siquiera unas horas.

RIVERA. El tiempo suficiente para que alguien se haga cargo de él y venga a recogerlo. Son órdenes del Alto Mando que se lo lleven cuanto antes. No puede continuar en el cuartel. No es reglamentario.

ALVARO. Está bien.

RIVERA. Claro que... no lo van ustedes a dejar en medio de la calle... Y que por día más o menos... Pero es necesario que le pongan ustedes en estado de revista. Dice muy poco en favor del Regimiento presentar un niño en la forma en que está éste, que parece un muñeco para la mirilla trasera de un automóvil. Ahí, en el cuarto de los oficiales, pueden adecentarle un poco... lavarle... Y encontrar algo más a propósito que esa sábana que lleva puesta... Una servilleta de fantasía, por ejemplo.

PEDRO. Descuide usía, que yo me encargo de ponerle de gala.

RIVERA. Pues andando.

ALVARO. A la orden.

MANZA. Si ustedes me autorizan, voy a hablar un momento con Alvaro. Estoy convencido de que no tiene nada que ver en este asunto. Es amigo mío desde hace muchos años, y puede ser que a mí me diga la verdad.

FRESNO. Sí, hombre. A ver si tiene usted más suerte que nosotros. *(Vanse Alvaro y Manzano y Pedrote por el corredor.)* De todas maneras, nuestra misión ha terminado.

RIVERA. Aún no. Suponiendo que Alvaro sea el verdadero padre del crío, nos queda por quemar el último cartucho. Hablar con María Fernanda. No creo que ponga reparillos a un marido que aporte un chico al matrimonio. En el siglo en que se cruza el mar por el aire, se retrata uno en Soria desde América y se habla con los espíritus de ultratumba, tener un hijo, como en la época de los fenicios, es una cosa corriente... una vulgaridad. Y si en la vida no se casaran más que los que tienen la conciencia limpia de pecados de esa naturaleza, el primer soltero era yo... y el segundo usted.

FRESNO. Es posible.

RIVERA. Pero, a lo mejor, a estas niñas les da por ser meticulosas...

FRESNO. Pues a luchar. Todo lo que sea preciso para que ese muchacho llegue a ser el yerno de Su Excelencia.

ESCENA VI

DICHOS; VILLARES, ORDENANZA. *Después* DOÑA PRUDENCIA, DOÑA SALOMÉ, CACHITA, MANOLITA *y* CONSUELO. *Luego* CHARITO *y* MARÍA FERNANDA.

VILLARES. *(Por la izquierda.)* Mi Coronel, la señora del General y otras invitadas vienen hacia el cuartel.

RIVERA. Ya están ahí. No se han dormido.

FRESNO. La impaciencia...

RIVERA. Supongo que tendrán ustedes preparados los ramos de flores, los refrescos y todo lo demás.

VILLARES. Todo, sí, señor.

VILLARES. ¡Ordenanza...! ¡Ordenanza...!

ORDEN. *(Saliendo por la derecha.)* ¿Llamaba usted?

VILLARES. Sí. ¿Dónde están los ramos de flores?

ORDEN. Los tengo preparaos aquí en la Sala de estandartes.

VILLARES. Sácalos.

ORDEN. Sí, señó. *(Mutis derecha.)*

RIVERA. El coronel Fresno será tan amable que acompañe a las señoras...

FRESNO. Honradísimo. *(Hace mutis con Villares y el Ordenanza.)*

RIVERA. *(Cogiendo un ramo.)* Y ahora, que Dios me ilumine. *(María Fernanda entra por el foro. Trae un pequeño envoltorio que contiene ropitas de niño, y que cuando entra después en escena desenvuelve y deja sobre una silla. Rivera sale a su encuentro.)* María Fernanda...

MARÍA FER. Coronel...

RIVERA. Tengo este ramo reservado para usted... *(Se le da.)*

MARÍA FER. Muchas gracias. Muy amable. Además del ramo, creo que tiene también reservada para mí una noticia importante...

RIVERA. Importante... lo que se dice importante... no lo es mucho.

MARÍA FER. ¿Cómo? ¿No ha averiguado usted por fin la procedencia del niño?

RIVERA. Completamente averiguada.

MARÍA FER. Entonces... ¿le parece a usted poco importante esa noticia para mí? ¡Saber que Alvaro es inocente de toda culpa!...

RIVERA. Inocente... lo que se dice inocente... tampoco lo es mucho... la verdad.

MARÍA FER. ¿Pero qué dice usted? ¿El niño es de Alvaro?

RIVERA. A medias.

MARÍA FER. ¿Cómo a medias?

RIVERA. A medias con la madre. De los dos. Es de Alvaro como podía ser de otro... Un hijo lo tiene cualquiera... Yo mismo los tengo... Y hoy que la vida ha adelantado tanto, los chicos se tienen hasta por radiotelefonía. ¿A usted no le gustan los niños?

MARÍA FER. *(Sonríe con una sonrisa que disimula mal su amargura.)* Me entusiasman, señor Coronel. ¡Deben proporcionar tantas alegrías!...

RIVERA. Pues si a usted le gustan tanto, ¿qué de ex-

trañar tiene que Alvaro haya querido aportar al matrimonio un anticipo de ternura?... ¡Y un niño como éste!... tan prudentito... tan bien educado... tan barato... Con un poco de leche condensada salen ustedes del paso.

MARÍA FER. *(Irónica.)* Y algo de fosfatina, ¿no?... Es una adquisición.

RIVERA. O tal vez, pensando en la posibilidad de que ustedes no los tengan después de casados, haya llevado éste como precaución.

MARÍA FER. Es muy posible... Yo le agradezco mucho su buena voluntad... Después de todo, el hecho no tiene importancia.

RIVERA. Ninguna. Hoy día es tan frecuente...

MARÍA FER. Frecuentísimo. Se está viendo a todas horas.

RIVERA. Y, en cierto modo, la transigencia con estas faltillas de poca monta es disculpable... Hoy el matrimonio se está poniendo muy difícil para las muchachas... y nosotros, los padres, tenemos que hacer la vista gorda en ciertas cosas.

MARÍA FER. Indiscutible. Claro que mejor es casarse con un hombre como el novio de su hija de usted, que no está en el caso de Alvaro.

RIVERA. ¿El novio de mi hija?... Es la primera noticia que tengo de que mi hija tenga novio...

MARÍA FER. ¡Por Dios, Coronel!... ¡Si todo el mundo lo sabe!... El médico de su Regimiento.

RIVERA. ¿El... médico?... *(Saca el papel y mira rápidamente y con disimulo.)* «El médico: unos gemelos sin reconocer.» ¿Conque dice usted que el médico?...

MARÍA FER. Sí, el médico... Vale mucho... Es un chico de gran porvenir... tan formal... tan serio... ¡han tenido ustedes la gran suerte!

RIVERA. ¡Mucha, sí! *(Aparte.)* Pero yo con los gemelos no hago la vista gorda. *(Alto.)* En fin... *(Ya bastante nervioso.)* sólo me resta darle a usted mi enhorabuena...

MARÍA FER. Muchas gracias.

RIVERA. *(Aparte.)* ¡Y darle una paliza a la niña, que

va a tener terapéutica mientras viva! *(A ella, alto.)* María Fernanda... Disculpará usted que me retire... Me llama la obligación.

MARÍA FER. ¡No faltaba más! Pero quiero hacerle una pregunta... ¿Me aconseja usted que me case con Alvaro?...

RIVERA. Yo... la verdad... Es un caso tan difícil... A los pies de usted, María Fernanda. *(Aparte.)* ¡A esa niña la mato! *(Vase.)*

MARÍA FER. *(Pausa.)* ¡Mintió cuando decía que era inocente!... ¿Por qué? *(Se queda mirando con tristeza la ropita de niño que ha traído.)*

ESCENA VII

MARÍA FERNANDA. *En seguida,* PEDROTE.

(Pedrote, que entra por el foro con el niño, muy sigilosamente, ve a María Fernanda y se va acercando a ella poco a poco.)

PEDRO. *(Con mucha timidez.)* ¡Señita... señita Mary!...

MARÍA FER. ¿Quién?...

PEDRO. Soy yo... Quería despedirme de usted... Pero de usted sola... Me voy esta tarde... es desir, nos vamos.

MARÍA FER. ¿Quiénes?

PEDRO. Pues... yo y el chavea.

MARÍA FER. ¿El niño?

PEDRO. Sí, señita... Le echan de aquí, del cuartel.

MARÍA FER. ¿Le echan?... ¿Quién?

PEDRO. Pues... su papá de usté... el General.

MARÍA FER. ¿Por qué?

PEDRO. Porque no es de reglamento.

MARÍA FER. Déjame. *(Le coge el niño.)* ¡Angelito!... Quiero darle un beso. *(Lo hace.)*

PEDRO. Ya ve usté... ¡lo que estorbará entre nosotros! ¡Y en el calaboso, que sólo le hase falta un rinconsillo! ¡Y es la alegría de toos nosotros!... ¡Como que están los sordaos con el chico como si fuera el Rey! Tiene hasta su guardia por la noche, con un sentinela pa que no le

farte ná. ¡Y no se ha dormío ninguno mientras el puesto!... ¡que sí es raro!

MARÍA FER. ¿Pero qué le han dado ustedes de comer?

PEDRO. Dende anoche, al rancho de esta mañana, dos latas de leche condensá que le hemos mercao en el Depósito de víveres.

MARÍA FER. ¿Dos latas?... ¿Para él solo?

PEDRO. No, señita. Una pa él y otra pa mí. Como estoy de ama seca tengo que alimentarme bien. Después se lió a tirarle bocaos a un peaso de salchicha que nos dieron pa senar.

MARÍA FER. ¿Salchicha a un niño de cinco meses?... ¡Revienta!...

PEDRO. ¡No lo crea usté!... ¡Hay que ver lo que traga el gachó! Esta mañana lo durmió el trompeta Peláez, que pa eso se pinta solo. Empiesa a tararearle los toques y se quea como un tronco. Pues bueno, como ya se los sabe de memoria, en cuantito que tocaron a desayuno, se despertó y empesó a berrear, hasta que le dimos er biberón.

MARÍA FER. ¿Y de ropa?... ¿Cómo le habéis mudado?

PEDRO. ¡Anda!... Fíjese... Antes tenía una sábana, pero ahora le hemos puesto un mantel del comedor de los ofisiales.

MARÍA FER. Tome. *(Le da a Pedrote la ropita que ella ha traído.)* Aquí tiene usted para que le pueda poner un poco decente.

PEDRO. ¿Se lo ha traído usté?

MARÍA FER. No... yo no... Me la he encontrado encima de esta silla.

PEDRO. *(Dándose cuenta de que le quiere engañar.)* ¿Ensima de esa silla?... Pues éstas tampoco son prendas de vestuario... Como no sean del nuevo uniforme... *(Mirando las ropitas.)* Bueno, con esta muda va a estar el chico pa comérselo... ¡Porque mire usté que es guapo!... Tié toa la cara de su padre.

MARÍA FER. ¿De... su padre?... ¡No se parece en nada!... La nariz la tiene mucho más bonita... Y la boca... Y los ojitos son más expresivos... No,

no... el padre es bastante más feo que el niño... ¡pero mucho más feo!... Y el niño parece bueno... ¡mucho más bueno!... Desde que está en mis brazos me mira de un modo que parece que quiere compensarme y pedirme perdón por el daño que me ha hecho su padre... ¡Pobre!... ¿Qué culpa tiene él de haber venido al mundo de esta manera tan triste... a pasar hambre y vergüenza... a no tener quien mire por su felicidad? ¡Dios sabe el porvenir que le espera en esta vida!

PEDRO. No se apure usté, señita, que ya saldrá adelante... Que no le faltará de ná... Y si le faltara, ya iré yo a verla a usté, por si se vuelve usté a encontrar las cosas ensima de las sillas... Claro que lo único que pué que le falte, es lo que tiene ahora, y lo que él agradese más que ná en el mundo... un regaso de mujé que lo duerma con cariño y un poco de calor de madre... asina como el que tiene ahora... Y eso sí que no me dirá usté que se lo ha encontrao en ninguna parte.

MARÍA FER. ¡Como que está en la Gloria!... Mírele... se ha dormido...

PEDRO. Traiga que lo lleve a su cuna...

MARÍA FER. ¡No, no!... déjemelo... Es un crimen despertarle ahora. *(Le mira con intenso cariño.)*

ESCENA VIII

DICHOS. ALVARO, *por el foro.*

ALVARO. ¡Pedrote!... ¿Y el niño?...

PEDRO. ¡Chsssst!... ¡Se ha dormío!... Mírele... Voy a recoger mi lisensia y güervo por él... *(Vase por el foro.)*

ALVARO. ¡María Fernanda!... ¿Con usted?...

MARÍA FER. *(Con algo de emoción.)* Sí. Aquí le tiene usted... Cójale con cuidado.

ALVARO. *(Va a cogerle y se detiene.)* Le despertaré seguramente...

MARÍA FER. Tiene usted razón..., mejor será no moverle ahora...

ALVARO. Pero le molestará tenerlo...

MARÍA FER. ¡Al contrario!... Le estoy muy agradecida... Gracias a él, se han abierto mis ojos a una realidad que yo no esperaba... No le hice a usted mal alguno para que me haya engañado de esa manera. ¡Dios se lo pague!

ALVARO. ¿Engañarla?... ¿Es posible que se haya interesado de veras por mí alguna vez?

MARÍA FER. ¿Ahora se da usted cuenta de ello? Ya que nuestro cariño es imposible, no me importa confesarlo. Llegué a abrigar la esperanza de que algún día fuéramos felices... ¡Hasta lloré. como usted me decía en una ocasión... ¿De rabia? ¿De alegría infinita? No lo sé...

ALVARO. *(Con alegría mal disimulada.)* María Fernanda... También yo he pensado en una felicidad para toda la vida... a su lado... como ahora... junto a nuestro hijo... dormido como éste al calor de su alma buena..., al abrigo de los latidos de su corazón de madre...¡ De madre, como la que yo pensé que alegraría mi hogar y mi vida... He mentido, María Fernanda... he mentido a los demás, pero a usted no la he engañado.

MARÍA FER. ¿No?

ALVARO. No. Al despedirme de usted anoche, la dije que este niño no es hijo mío, y esa es la verdad. Usted no me creyó. Me juzga, por lo visto, capaz hasta de negar lo más sagrado... ¡un hijo!... Si en este concepto tan despreciable me tenía usted, ¿qué me importaba cargar con la culpa de otro, evitando así, al menos por el momento, un grave disgusto a una familia honrada, y a otra pobre muchacha un desengaño de amor?

MARÍA FER. ¿Entonces, usted sabe de quién es este niño?

ALVARO. Lo sé.

MARÍA FER. ¿Y no lo ha revelado?

ALVARO. Ni espere que lo haga. Alguien me ha supli-

cado de rodillas una reserva que yo ofrecí. He dado mi palabra de honor, María Fernanda. ¿Sería capaz de aconsejarme que faltase a ella?

MARÍA FER. No, Alvaro. ¡Eso, jamás!

ALVARO. ¿Entonces me cree sin necesidad de pruebas?

MARÍA FER. *(Con resolución.)* ¡Sí! Para engañarme ahora tendría que ser un monstruo, y en el poco tiempo que le he tratado he podido convencerme de la bondad de su alma.

ALVARO. ¡Gracias, señorita Mary!

MARÍA FER. ¡Señorita!... ¡No vuelva a repetir esa palabra!... sobre todo ahora que creo de nuevo en la felicidad al saber que este niño no es suyo.

ALVARO. Si lo fuera, no me avergonzaría de haberlo traído al mundo. ¡Un hijo!... ¡Si es mi sueño dorado!... ¡Un hijo!... ¡Vivir para él, sentir para él! Trabajar con fe para educarle; verle hombre... Y luego otro... y otro... y otro más...

MARÍA FER. ¡Basta, hombre, basta! ¿O es que aspira al subsidio para familias numerosas?

ALVARO. *(Con entusiasmo.)* ¡María Fernanda! ¡Mi María Fernanda!

MARÍA FER. ¡Chst!... ¡Que le despiertas!

ALVARO. Es verdad, perdona.

MARÍA FER. ¡Y cuesta tanto dormirle otra vez!

ESCENA IX

DICHOS. *El* GENERAL, *el* CORONEL RIVERA *y* VILLARES, PRUDENCIA, SALGADO *y* CHARITO. DON GENARO. *Al final,* PEDROTE.

VOZ. *(Del centinela, fuera de escena y con voz enérgica.)* ¡Guardia, a formar, con armas!

ALVARO. *(Dando un respingo.)* ¡Tu padre!... ¡Ese es tu padre!...

MARÍA FER. ¡Ojalá sea él!

ALVARO. Es él, no hay duda. *(Nervioso.)* ¡Y si me ve aquí!...

MARÍA FER. No te dirá nada, espera.

ALVARO. ¿Estás muy segura?... ¡Mira que con el genio que tiene!

MARÍA FER. ¿Pero no sabes que si él es el General yo soy la Generalita? Tú, déjame.

VILLARES. *(Fuera de escena.)* ¡Guardia, firmes! *(Se oye el toque de atención dado por el trompeta.)*

ALVARO. ¡Me fusila! Ya lo verás.

MARÍA FER. *(Riendo.)* ¡Calla, tonto!

GENERAL. *(Fuera de escena, dando voces.)* ¡Firmes se ha mandado! ¡No se mueva nadie! ¡La vista al frente!

MARÍA FER. ¡Qué gritos!... ¡Ahora sí que me le van a despertar!

GENERAL. *(Dentro.)* ¡Los tacones unidos!... ¡Ese soldado, cuatro días al calabozo por mirarse los pies!... ¡Y ese cabo a la prevención!

MARÍA FER. ¡Hombre, dile a mi padre que no dé esas voces!

ALVARO. ¿Que yo le diga?... ¡Ni por el correo interior!... ¡Pues bueno está!

GENERAL. *(Abriendo la puerta-mampara.) (Entra con el Coronel Rivera y Villares, a quienes dirige esta pequeña reprimenda.)* ¡Estos soldados están dormidos!

MARÍA FER. *(Imponiendo silencio a su padre.)* ¡Chssst!... ¿Quieres callar?

GENERAL. ¿Eh?

MARÍA FER. Que el niño está también dormido y le vas a despertar.

GENERAL. ¿El niño? ¿Qué niño?

MARÍA FER. El de Alvaro.

GENERAL. ¿Pero aún está aquí ese chimpancé?

MARÍA FER. ¡Más bajo!... ¡Habla más bajo, papá!

GENERAL. *(Al Coronel Rivera y con voz muy queda.)* ¿Qué esperan ustedes para llevárselo? ¿A que siente plaza?

RIVERA. Como le cogió María Fernanda... no me he arevido...

María Fer. *(Al General.)* ¡Mírale, papá!... ¡Da gloria verle!

General. No quiero ver esperpentos, hija mía.

María Fer. Esto no es ningún esperpento... ¡si es precioso!

General. *(Que se acerca al chico y le mira.)* No... guapo sí que es... ¡qué le vamos a hacer!... Tiene toda la cara de su padre.

María Fer. ¿Verdad que se le parece mucho?

General. *(Que ya se acerca más al chico.)* Y los ojillos son inteligentes...

Pruden. *(Por la derecha, con Salgado, Charito y Don Genaro.)* No es la ocasión de hablarle a mi marido de ningún asunto.

Gen. Lo siento, señora, pero yo hablo al General, sea como sea. Por buenas o por malas.

Char. Es que está de un humor de perros.

Gen. Aquí hoy no hay más humor ni más perro que yo. Su papá me oye a mí. ¿Que él chilla? Pues yo más. ¿Que dice palabras gordas? Pues yo, gordísimas. *(A Salgado.)* Haga el favor de decirle al General que deseo hablar con él.

Pruden. *(Aparte a Salgado.)* ¡Por Dios, Salgado! Prepare a mi marido!... ¡Este hombre viene beodo!

Salga. Creo lo mismo. *(Al General.)* Mi General... Don Genaro Espejo.

General. ¡Ah!... ya me han dicho... ¿el dueño de la pastelería «El Bartolillo Esférico»?

Salga. Sí, señor. Hace dos meses que desea pedirle a usted la mano de su hija Charito.

General. ¿La mano de mi hija para semejante facineroso? ¿Dónde está ese pastelero?... *(Va a la derecha.)*

(Saliéndole al encuentro.) Aquí, mi General.

General. Caballero...

Gen. Señor mío. *(Se pone una trompetilla en el oído.)* Deseo hablar con usted dos palabras.

General. ¿Conmigo?... Cuanto usted tenga que decirme lo hemos hablado ya.

GEN. Está usted completamente equivocado.

GENERAL. ¡Mil cañonazos!... Yo no me equivoco nunca.

GEN. *(Gritando como él.)* ¡Cuatro mil flanes!... En esta ocasión, sí.

GENERAL. ¿Qué diez mil bombardeos dice usted?

GEN. ¡Dos millones de cocos!... ¡Que aquí no habla nadie más que yo!

GENERAL. *(Con gran nerviosidad.)* Bueno... diga usted...

GEN. Pues venía...

GENERAL. ¿A pedir la mano de mi hija Charito, no es eso?

GEN. *(Violento.)* ¡Ahora se calla usted, que estoy hablando yo!

GENERAL. ¡Pero no me grite usted, que yo no soy sordo!

GEN. ¡Pues yo, sí! Su hija de usted, Charito, es demasiado digna para ser esposa de un hombre como mi hijo, que ¡es un canalla!... ¡Un malvado, que no contento con engañar a una pobre muchacha, abandona a su hijo, y da lugar a que un inocente como su asistente de usted cargue con una responsabilidad que no le corresponde.

MARÍA FER. ¿Es decir, que el señorito sinvergüenza, novio de la hija del General?

GEN. Es Alipio.

MARÍA FER. Pero Alipio no se llama Pérez de apellido.

GEN. ¿Quién se lo ha dicho a usted? Nosotros somos Pérez Espejo.

GENERAL. ¡Toma, acabáramos!...

PRUDEN. Así todo se explica. Los dos se llamaban Pérez. Sólo que uno es Espejo y otro Luna... Bien poca diferencia.

GENERAL. ¿De modo que este niño?...

GEN. Me pertenece. Es nuestro y me le llevo ahora mismo a la pastelería. *(Le coge.)*

RIVERA. Perdone usted un momento. *(A Alvaro.)* ¿Y usted, por qué me dijo que el niño era suyo?

ALVARO. Porque había dado mi palabra de honor de no descubrir al verdadero padre. Soy un humilde soldado, pero en el Ejército, para el honor no hay categorías.

RIVERA. ¡Bravo! ¡Bien! ¡Así me gusta!

GENERAL. Es usted un completo caballero.

CHAR. *(A Prudencia.)* ¿Pero has visto qué fresco era ese Alipio?

PRUDEN. No te preocupes, hija mía. Ya te buscaremos un asistente como Alvaro.

CHAR. ¡Quiá, tonta, no te molestes! Si esta mañana se me ha declarado el capitán Redondo.

RIVERA. ¿Redondo ha dicho usted?... Aguarde un poco. *(Saca el papel y le consulta.)* Sí. Puede usted hacerle caso. Pero vigílele.

GEN. Bueno, ¿me puedo llevar ya a la criatura?

GENERAL. Cuando usted quiera. Y salud para criarlo...

GEN. *(Mutis foro.)* Buenos días.

PEDRO. *(Entrando por el foro y dirigiéndose al General.)* Mi General. Ya está formá toa la gente y esperan ahí fuera pa darle a Vuecencia la licencia.

GENERAL. ¿A mí?...

PEDRO. Güeno... no me he explicao bien... pa darle a los cumplíos la Vuecencia... no, tampoco... pa darle a la Vuecencia... la...

GENERAL. Basta, basta, comprendido. Vamos a despedir a esos muchachos, que estarán impacientes por que se les dé la licencia. Al que más y al que menos le esperará la novia. Y eso es muy sagrado.

CORONEL. Cuando usted disponga. *(Todos van a la terracita que hay en el foro.)*

MARÍA FER. *(Que se ha quedado atrás con Alvaro.)* ¿No vas tú a formar también?

ALVARO. ¿Para qué?

MARÍA FER. Para que te den la licencia.

ALVARO. No me hace falta. Me licencio del servicio militar, pero siento plaza como voluntario para toda la vida al servicio de la Generalita María Fernanda. ¿Tiene algo que ordenarme Su Excelencia?

MARÍA FER. Sí. *(En tono de mando.)* Soldado Pérez de Luna. *(Enseñándole la ropita del niño.)* Guar-

de usted con mucho cuidado esta ropita, por si algún día la necesito.

ALVARO. ¡Esta ropita!... *(Coge un refajo y se le queda mirando extasiado. Ella coge una camisita y también la mira con intensa emoción. Poco a poco se acercan el uno al otro. María Fernanda besa la camisita que tiene en la mano, y Alvaro la toma la otra mano y también la besa, con un beso amoroso y prolongado. Fuera se escucha la potente voz del General, que dirige la palabra a los soldados. En el momento en que empieza a hablar el General, va cayendo el telón, lo suficientemente lento para que se oiga todo el párrafo que sigue.)*

GENERAL. *(En tono de arenga.)* ¡Soldados! Habéis cumplido brillantemente vuestros deberes militares con la patria, que os queda agradecida. Al retornar a vuestros hogares, espero no olvidaréis a vuestro General, que ha sido para vosotros un padre benévolo..., un entrañable amigo..., un confesor...

TELON RAPIDO

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE JOAQUIN ABATI

Monólogos: Causa criminal (de actor).—La buena crianza o Tratado de urbanidad (ídem).—Un hospital (ídem).—Las cien doncellas (ídem).—La cocinera (de actriz) *.—El himeneo (ídem).—El Conde Sisebuto (ídem).—El debut de la chica (ídem).—La pata de gallo (ídem).—El inventor (de actor).

Comedias en un acto: Entre doctores.—Azucena.—Ciertos son los toros.—Condenado en costas.—El otro mundo.—La conquista de Méjico.—Los litigantes.—La enredadera. De la China.—Aquilino Primero.—El intérprete.—El aire. Los vecinos.—Café solo.—La maña de la mañica.

Comedias en dos actos: Doña Juanita.—Los niños.—Tortosa y Soler (R.).—El 30 de Infantería (R.).—El paraíso. La mar salada.—La gallina de los huevos de oro (magia). La bendición de Dios.—Mi querido Pepe.—La gentil Mariana.—Jesús, María y José.—Las lágrimas de la Trini.—Angela María.

Comedias en tres o más actos: Tortosa y Soler.—Los hijos artificiales.—Fuente tónica.—Alsina y Ripoll.—El 20 de Infantería.—Los reyes del Tocino (firmada con seudónimo).—El gran tacaño.—Los perros de presa.—Genio y figura.—La alegría de vivir.—La divina Providencia.—El premio Nobel.—El orgullo de Albacete.—El cabeza de familia.—La piqueta.—El tren rápido.—El infierno.—El río de oro.—El viaje del rey.—Ramuncho.—Las grandes fortunas.—No te ofendas, Beatriz.—La escena final.—El inmortal Genovés.—Yo pecador...—El entierro de Zafra.—El mendigo de Guernica.—El hombre que quiere comer.—Clara Luna.—Juanito Mejía*.—El niño desconocido.—Los nuevos señores.—Pensión Valdivia.—Solera fina.—La Generalita.—La cárcel modelo.—Riña de gallos.

Zarzuelas en un acto: Los besugos.—Los amarillos.—El tesoro del estómago.—Lucha de clases.—Las venecianas (la

música).—Tierra por medio.—El Código penal.—Tres estrellas.—El trébol.—La taza de té.—El aire (R.).—La hostería del laurel.—Mayo florido.—Los hombres alegres.—¡Mea culpa!—La partida de la porra.—El verbo amar.—El potro salvaje.—España nueva.—El dichoso verano.—Sierra Morena.—Las alegres colegialas.—La bella peluquera.*

Zarzuelas en dos actos: El asombro de Damasco.—Baldomero Pachón.—La corte de Risalia.—El conde de Lavapiés.

Zarzuelas y operetas en tres o más actos: La mulata.—La Marcha Real.—Los viajes de Gulliver.—El sueño de un vals.—La viuda alegre.—El velón de Lucena.—La mujer artiricial.

Las obras marcadas con asterisco, o no se han impreso o están agotadas.—Las marcadas con (R.) son refundiciones.

OBRAS DE CARLOS JAQUOTOT

«Adrián», juguete en un acto.
«Palomas y gavilanes», zarzuela en un acto.
«El rosal de la verja», comedia en dos actos.
«La cortijá d'Aveniya», sainete en un acto.
«León, Zamora, Salamanca», juguete en tres actos.
«Doraida», zarzuela en dos actos.
«Nik-Homedes», cinedrama bufo en tres actos.
«El padre Primitivo», juguete en tres actos.
«Un remedio eficaz», entremés.
«El Cristo pobre», comedia en tres actos.
«Entre dos fuegos», entremés.
«Simé», juguete en tres actos.
«Gabinete modelo», pasatiempo en un acto.
«¡Las pícaras mujeres!», comedia en tres actos.
«El mendigo de Guernica», comedia en tres actos.
«La hija de todos», comedia en tres actos.
«De buena cepa», revista en un acto.
«La Cascada», juguete lírico en dos actos.
«La mala hierba», sainete en un acto.
«Perico es mi Salvador», juguete en tres actos.
«La Generalita», comedia humorística en tres actos.

PRECIO: **3** PESETAS